VOLUMEN I – PRIMER CICLO

Fisuras de lo invisible

Cinco cuentos para despertar,

uno para comenzar y

un séptimo para confrontar

Carlos Antileo Soto

Primer ciclo de la serie Fisuras de lo invisible

Volumen único — Edición 2026

Septiembre de 2026

TABLA DE CONTENIDOS

Prólogo **5**
Nota sobre la serie **7**
I Cinco cuentos para despertar **8**
La pantalla rota 9
El polvo y la pantalla 21
El teleprompter 35
La canasta de plástico 46
El error de cálculo 54
II Y uno para comenzar **61**
El video 62
Interludio **68**
En el piso 32 68
En el templo 68
En el aula 204 69
III Tu propio genio **71**
1. El lanzamiento 72
2. Martín, o la voz cálida 74
3. Carmen, o la voz pastoral 75
4. Brandon, o la voz competitiva 78
5. Diego, o la voz que reescribe 80
6. Tomás, o el repositorio 83
7. Lucía, o la voz que falta 85
8. El clip 87
Epílogo **93**
Coda. Interludio del segundo ciclo **95**
Anexo. Fragmentos del cuaderno de Lucía **97**

Para quienes, cuando llueve,

ven algo distinto en su feed.

Las jaulas más efectivas son las que no se ven.

Los prisioneros más dóciles son los que no saben que lo son.

— Tomás, El error de cálculo

Prólogo

Este volumen reúne los dos primeros tramos de la serie "Fisuras de lo invisible", *Cinco cuentos para despertar y uno para comenzar*, escritos entre 2024 y 2025, y el cuento "Tu propio genio", redactado en 2026 como respuesta narrativa al lanzamiento masivo de asistentes personales basados en modelos de lenguaje. La decisión de publicarlos juntos no es editorial, sino narrativa. Leídos por separado, cada texto se sostiene; leídos en secuencia, revelan un único arco que va del diagnóstico social a la confrontación con la inteligencia artificial.

Los seis protagonistas —Martín, Carmen, Brandon, Diego, Tomás y Lucía— son las seis caras de una misma moneda, la captura. Cada uno es atrapado por el sistema en su superficie específica (la pantalla, el templo, el algoritmo, el aula, el atril, el código) y cada uno, en algún punto, encuentra una grieta. La grieta no es revolución, sino un cinco por ciento de error deliberado, un margen mínimo que el sistema no controla. Sobre ese margen, trivial e invisible, se sostiene la posibilidad de que algo humano permanezca fuera de la métrica.

La pregunta que organiza la serie no es si la tecnología es buena o mala —pregunta agotada—, sino si es posible ejercer soberanía sobre la propia atención cuando el entorno está diseñado para arrebatarla. Los relatos no ofrecen respuesta. Ofrecen, en cambio, una cartografía, y en ella aquí están las jaulas, aquí están los prisioneros, aquí está la línea de fuga del cinco por ciento. El lector hará con esa cartografía lo que pueda.

El cuento séptimo, “Tu propio genio”, fue escrito como respuesta directa al manifiesto que Mark Zuckerberg publicó en agosto de 2026, durante el lanzamiento masivo de su proyecto de asistentes personales basados en modelos de lenguaje. La promesa de ese manifiesto es la distopía que el cuento pone en escena. Lo que el manifiesto no dice, y lo que estos relatos intentan mostrar, es que un genio que escucha todos tus deseos es también un genio que los registra, los clasifica, los convierte en métrica. El proyecto no es de una empresa. Es de una arquitectura, y la arquitectura no tiene rostro, aunque tenga un dueño.

La decisión de cerrar este volumen en el cuento séptimo responde a una lógica interna, pues con "Tu propio genio" se completa el primer ciclo de la serie, aquel que va del mundo pre-S-Aladin a la viralización del clip de Brandon y a la grieta del cinco por ciento. Los cuentos octavo y siguientes —ya en borrador— abren un segundo ciclo, en el que el

sistema responde a la grieta con dispositivos nuevos. Esa segunda parte se publicará en un volumen próximo.

Quien llegue a estos relatos sin haber leído nada previo de la serie puede entrar tranquilamente por la primera página. Quien los haya leído por separado encontrará aquí, espero, una ganancia, la posibilidad de ver el conjunto como lo que siempre quiso ser —un solo movimiento narrativo— y no como dos piezas sueltas.

Carlos Antileo Soto

Región Norte, septiembre de 2026

Nota sobre la serie

"Fisuras de lo invisible" es una serie narrativa abierta, organizada en ciclos. Este volumen reúne el primer ciclo completo, que comprende los cuentos primero al séptimo. El orden de lectura es el orden de publicación aquí presentado, que reúne los cinco cuentos para despertar (cuentos 1 a 5), el cuento para comenzar (cuento 6, titulado "El video") y el cuento séptimo ("Tu propio genio"). Los relatos pueden leerse de manera independiente, pero el arco se completa únicamente en secuencia.

El cuento séptimo se ofrece aquí en su versión 6, revisada, con corrección menor de puntuación. Los cinco cuentos para despertar se reproducen en su versión definitiva de 2025. La serie continúa en elaboración.

Nota sobre el referente del cuento séptimo. “Tu propio genio” dialoga de manera directa con el manifiesto que Mark Zuckerberg publicó en agosto de 2026, y al que el prólogo de este volumen ya se ha referido. La sátira de coyuntura es un género con fecha de caducidad, y esta nota es la fecha. Cualquier reedición futura debe conservar el prólogo y esta nota para que el cuento siga siendo legible cuando el referente mediático haya perdido actualidad. La sátira no es ornamento, sino parte del argumento.

I

Cinco cuentos para despertar

Las jaulas más efectivas son las que no se ven.

Los prisioneros más dóciles son los que no saben que lo son.

— El error de cálculo

La pantalla rota

Martín tenía los pulgares callosos. A sus treinta y cinco años, después de doce horas repartiendo comida en moto bajo la lluvia, lo único que quería era acostarse y dejar que la pantalla de su teléfono lo arrullara.

Era un hábito que había comenzado sin ceremonias, como todas las cosas malas. Al principio era solo unos minutos antes de dormir, dedicados a revisar los mensajes del trabajo, ver si había alguna novedad en el grupo de la familia, tal vez reírse de un video de gatos. Pero los minutos se convirtieron en horas, y las horas devoraron las noches enteras, y las noches vaciaron los días de cualquier cosa que se pareciera al descanso. Martín no lo decidió. El teléfono decidió por él.

Deslizaba el dedo sin pensar. Un perro haciendo un truco. Una mujer gritando contra un político. Un chico comprando un auto de lujo. Un predicador en traje blanco golpeando un púlpito, mientras exclamaba

—¡El mundo se acaba! ¡Los ateos y los globalistas quieren destruir a la familia! Pero si tú siembras tu fe hoy, Dios multiplicará tu cuenta bancaria. ¡Y recuerda, apoyar a la nación de Israel es el mandato final para que Jesús vuelva! ¡Aleluya!

Martín dio “like” sin leer los comentarios. Enterró la cara en la almohada. A la mañana siguiente, el algoritmo, que es un perro de caza que huele el miedo, le sirvió más de lo mismo. Videos de inmigrantes cometiendo delitos. Clips de políticos de traje oscuro proclamando que “Ellos vienen a quitarte lo poco que tienes. Nosotros vamos a restaurar el orden y la moral”.

Mientras tanto, la lluvia no paraba. La moto goteaba en el pasillo de la pensión. Martín se puso el impermeable amarillo, el mismo que tenía una costura abierta en la manga derecha y que ya no servía para nada excepto para dar la ilusión de protección. Antes de salir, revisó la aplicación. Tenía catorce pedidos pendientes. Catorce direcciones que no conocía, catorce casas con portones que a veces tenían número y a veces no, catorce clientes que lo miraban como si fuera parte del mobiliario urbano, algo que aparece, deja una bolsa y desaparece.

El primero era en la colina norte, un barrio que antes era de clase media y que ahora estaba lleno de casas con rejas electrificadas y perros que ladraban desde adentro. Martín subió la cuesta con la moto quejándose, el agua corriendo por la calle empinada como si fuera un río. La comida

se enfriaba en la maleta térmica. Cuando llegó, la mujer que abrió la puerta no lo miró a los ojos. Le lanzó las monedas del cambio como quien alimenta a una máquina expendedora. “Tardaste”, dijo, y cerró.

Martín no dijo nada. Había aprendido que no decir nada era la única estrategia que funcionaba. Protestar costaba el pedido; demorarse, la calificación; y una calificación baja, menos pedidos, hasta que el alquiler quedaba sin cubrir. Era una cadena de hierro forjada por un código que ningún ser humano había votado ni aprobado, pero que funcionaba con la precisión de un reloj suizo.

En la calle, el semáforo estaba roto. Llevaba tres semanas roto. Martín lo sabía porque cruzaba esa intersección todos los días, y cada día había un poco más de golpeteo en el chapa, un poco más de rayón en los paragolpes, un poco más de vidrio triturado en el asfalto. Alguien había puesto un neumático viejo como señal de advertencia. Eso era todo lo que el municipio consideraba necesario.

El segundo pedido era en el centro. Martín bajó por la avenida principal, esa que tenía un boulevard que algún día fue bonito, con árboles y bancas. Los árboles aún estaban ahí, pero las bancas las habían desmontado. Nadie sabía por qué. Primero desapareció una, luego otra, y un día ya no había ninguna. En su lugar, el alcalde había puesto unas cámaras de seguridad con una luz roja que parpadeaba noche y día, como ojos que no pestañean. “Seguridad para todos”, decía el cartel debajo de cada cámara. Pero a Martín le habían robado la moto dos veces en esa misma avenida.

El centro era un laberinto de calles de un solo sentido que nunca tenían sentido. Martín entró por un pasaje que olía a orines y fritura, subió al cuarto piso de un edificio sin ascensor, dejó la comida en manos de un señor que estaba viendo las noticias con el volumen al máximo. En la pantalla del televisor, un presentador con corbata roja hablaba de la ola de criminalidad y de cómo los ciudadanos honestos tenían que unirse contra el caos. El señor no despegó los ojos de la pantalla ni siquiera para agradecer.

Mientras bajaba las escaleras, Martín pensó en su madre. Su madre que a sus sesenta y dos años todavía trabajaba limpiando casas ajenas porque la pensión que le correspondía por treinta años de trabajo en una fábrica textil era de ciento veinte lucas al mes. Ciento veinte mil pesos. Para comer, para la luz, para el agua, para el bus. Su madre, que cuando él era niño le había enseñado a leer con un libro de cuentos que ella misma había cosido con retazos de tela porque no había dinero

para comprar uno. Su madre, que ahora pasaba las tardes del domingo en un templo porque era el único lugar donde la trataban con amabilidad sin pedirle nada a cambio. Bueno, no exactamente. Le pedían el diezmo.

Mientras tanto, los pedidos seguían. El tercero era en una zona residencial nueva, esas torres de cristal que habían surgido en los últimos tres años como hongos después de la lluvia. Martín no podía entrar por la puerta principal porque no había espacio para estacionarla. Tenía que dar la vuelta hasta el estacionamiento de servicio, subir por un ascensor de carga y caminar por un pasillo alfombrado hasta el apartamento 1402. El joven que abrió la puerta llevaba una camiseta con el logo de una marca que Martín no reconocía pero que seguramente costaba lo que él ganaba en dos semanas. El apartamento tenía ventanales que daban a la ciudad. Desde allá arriba, la ciudad se veía limpia, ordenada, casi bonita. Las manchas de basura y los techos de zinc desaparecían bajo una capa de neblina dorada, y más allá, donde la avenida bajaba hacia el puerto, se adivinaba una línea gris que era el Pacífico.

—Te pasaste tres minutos del tiempo límite —dijo el joven mirando su celular—. Voy a tener que reportarte.

Martín miró el pedido. La distancia desde el restaurante hasta esa torre era de siete kilómetros. La aplicación le había dado doce minutos para hacer esos siete kilómetros en hora pico, bajo la lluvia, con tres semáforos rotos y un desvío por construcción que no aparecía en el mapa. Doce minutos. El algoritmo lo había calculado así, partiendo de una velocidad promedio ideal, sin congestión, sin lluvia, sin semáforos rotos, sin tráfico, sin nada que se pareciera a la realidad de esa ciudad a las siete de la noche.

—Estuvo lloviendo —dijo Martín.

—No es mi problema —respondió el joven, y cerró la puerta.

Martín bajó en el ascensor de carga. El reflejo de su cara en el espejo del ascensor le mostró ojeras que parecían tatuajes, piel grisácea, una barba de tres días que no era estilo sino descuido. Tenía treinta y cinco años y parecía cincuenta. Se tocó la rodilla derecha, la que se había lastimado en un accidente el año pasado y que nunca se curó del todo porque no tenía seguro médico y la clínica pública más cercana tenía una lista de espera de cuatro meses para traumalogía. Cuatro meses. Para una rodilla que le dolía cada vez que subía una cuesta.

Siguieron los pedidos. El cuarto, el quinto, el sexto. Cada uno era una variación del mismo esquema, que consistía en cocinar la comida en un restaurante que pagaba una comisión a la plataforma, transportarla a través de una ciudad que no estaba diseñada para transportarla, entregarla a alguien que no quería saber cómo había llegado hasta allí. En medio, Martín ganaba dos mil ciento cincuenta pesos por entrega. Algunas veces tres, si la propina era generosa. La mayoría de las veces no lo era.

Entre el sexto y el séptimo pedido, Martín se detuvo en una gasolinera a orinar. Mientras estaba ahí, revisó el celular. Le quedaban cuarenta mil pesos en la cuenta. El alquiler de la habitación era de ciento veinte. La cuota de la moto, que aún no había terminado de pagar, era de ochenta. La luz, sesenta. El plan de datos, quince. Los números no cuadraban. Nunca cuadraban. Pero Martín no había estudiado matemáticas en la escuela. En la escuela pública donde había estudiado —la misma que después cerraron por "obras presupuesto"— le habían enseñado a memorizar la fecha de batallas que nadie recordaba y a recitar el himno nacional de pie. Nadie le había enseñado lo qué era un interés compuesto, ni cómo funcionaba un préstamo, ni qué significaba inflación. Esas palabras las escuchaba en las noticias y le sonaban a otro idioma.

Cuando volvió a la moto, tenía una notificación. La plataforma le enviaba un mensaje que decía "¡Felicidades! Has completado el 78% de tu meta semanal. Sigue así para desbloquear el bono de productividad." Martín casi se ríe. El "bono de productividad" era de cuatro mil pesos. Cuatro mil pesos por hacer cincuenta entregas extra en una semana. Eso significaba trabajar catorce horas en vez de diez, y al final, si todo salía bien, ganar cuatro mil pesos más. Cuatro mil pesos que desaparecerían en la primera cuenta de luz.

El séptimo pedido fue a la casa de una señora mayor que le pidió que entrara un momento porque no podía cargar la bolsa. Adentro, la casa olía a remedios y a soledad. Había un retrato de un hombre joven en uniforme de policía sobre la mesa de centro, con una bandera pequeña al lado. La señora vio que Martín miraba el retrato.

—Es mi hijo —dijo—. Murió en un asalto. Le dijeron que estaba defendiendo la patria. ¿Sabe qué? Él quería ser músico.

Martín no supo qué decir. Le dio las gracias por la propina de quinientos pesos que la mujer le metió en la mano como si fuera un secreto. Salió

a la lluvia con una sensación extraña en el pecho, como si algo se hubiera movido adentro pero no hubiera encontrado la salida.

Los pedidos número ocho, nueve y diez fueron un borrón. Calles mojadas, faros que se reflejaban en el asfalto, bocinazos, el zumbido constante del motor. La mente de Martín se había puesto en piloto automático, ese estado de semiconciencia que se produce después de demasiadas horas haciendo lo mismo. En ese estado, las cosas dejaban de tener nombre y se convertían en impresiones de color rojo, olor a gasolina, sabor a café frío, sonido de notificación.

Fue en el pedido número once cuando algo cambió. O más bien, cuando algo que ya estaba cambiando se hizo visible. Martín llegó a una dirección en el barrio sur, un sector que conocía bien porque había vivido allí hasta los doce años. La casa era la misma, pero el barrio no. La panadería de la esquina donde su abuela le compraba pan dulce los domingos ahora era un local vacío con un cartel de “Se arrienda” tan viejo que la lluvia había borrado el número de teléfono. La plaza donde jugaba babyfutbol tenía el pasto muerto y los juegos infantiles oxidados. El centro de salud que había atendido a tres generaciones de su familia estaba cerrado. Un letrero en la puerta anunciaba que estaba “Cerrado por remodelación. Disculpe las molestias.” Ese letrero llevaba allí dos años. No había ninguna remodelación en curso.

Pero en el antiguo local de un supermercado que había quebrado hacía tiempo, habían levantado algo enorme. Era un templo. No uno de esos templos pequeños de barrio con sillas plásticas y un altar de madera. Era una catedral del siglo veintiuno, con luces de neón, pantallas gigantes, un letrero que decía “Centro de Avivamiento y Prosperidad” con letras tan grandes que se veían desde tres cuadras. El neón era rojo, el mismo rojo de las notificaciones de emergencia en el celular.

El templo estaba lleno a pesar de ser martes. Martín dejó la comida en la puerta de la casa que le correspondía y se quedó un momento mirando. Por las ventanas se veía el interior con butacas de terciopelo, un escenario con luces de espectáculo, una banda de música en vivo. En la pantalla gigante, el pastor, un tipo con voz de locutor de radio y un traje que costaba más que la moto de Martín, levantaba las manos mientras la multitud aplaudía.

El celular de Martín vibró. Otro pedido. Volvió a la realidad, que era la única realidad que podía permitirse tener.

Esa noche, después de catorce horas de trabajo, Martín llegó a su habitación. La habitación era un cuarto de tres por cuatro metros con una ventana que daba a un pasillo interior, así que nunca entraba luz natural. Había una cama, un mesita con un vaso de agua y el cargador del celular, y un perchero de alambre que alguien había dejado. Las paredes estaban pintadas de un verde que en algún momento fue claro y que ahora era el color de la tristeza con humedad.

Martín se sentó en el borde de la cama. No se quitó los zapatos mojados. Encendió el celular. El brillo de la pantalla lo golpeó como un puñetazo. Deslizó el dedo. El algoritmo, que no perdona el miedo, le sirvió exactamente lo que necesitaba para no pensar, puro ruido.

Un video de un hombre golpeando a otro en la calle. Un comentario que decía “eso pasa por dejar entrar a tanta gente”. Un clip de un político con bandera en el pecho diciendo “primero los nuestros”. Un meme que se reía de los pobres. Un predicador vestido de blanco gritando sobre el fin del mundo. Un anuncio de un celular nuevo que costaba lo que Martín ganaba en dos meses. Otro video de un hombre golpeando a otro. Otro comentario. Otro clip. Otro meme. El dedo de Martín se movía solo, como el brazo de un muñeco de cuerda que alguien había dado cuerda demasiadas veces.

Una hora. Dos. Las tres de la mañana. El cuerpo de Martín pedía dormir pero la mente no encontraba la llave para apagarse. Así había sido durante meses. Así habían sido los últimos años. Un ciclo que se repetía como un reloj, cuyo compás era trabajar, llegar, mirar la pantalla, no dormir, trabajar, llegar, mirar la pantalla. Las horas se fundían unas con otras hasta que el día y la noche dejaban de ser distintas y todo se convertía en una sola línea gris de cansancio.

En algún punto de esa línea gris, el algoritmo le servía otra cosa. No era un predicador. No era un meme. No era un político con bandera en el pecho. Era un cuerpo. Un cuerpo de mujer joven que no tenía nada que ver con la clienta que le lanzó las monedas, ni con la madre que le pedía acompañarla al templo, ni con ninguna de las mujeres que Martín conocía de verdad. Era un cuerpo que el algoritmo le ofrecía sin pedirle nada a cambio, salvo su atención, que era lo único que Martín tenía para dar.

El dedo de Martín se movía solo, igual que cuando hacía scroll de noticias. Subía. Bajaba. Se detenía un segundo más en un plano, dos segundos más en otro, y el algoritmo, que olfateaba la quietud, aprendía en tiempo real qué ángulo de cadera, qué velocidad de respiración, qué

tipo de boca mantenían su pulgar quieto. Martín no había buscado nada. No había tecleado nada. El algoritmo había olido el cansancio, el deseo sin nombre, la soledad de las tres de la mañana, y le había puesto delante lo que correspondía. No era personalizado en el sentido en que la app decía que era personalizado. Era personalizado en el sentido en que un depredador personaliza a su presa.

No se tocó pensando en ese cuerpo. No exactamente. Se tocó como quien scrollea, es decir, sin mirarse, sin nombrarse, esperando la notificación siguiente. Su mano izquierda no sabía qué hacía su mano derecha, y ambas ignoraban lo que el resto del cuerpo recordaba. La moto goteando en el pasillo. La manga rota del impermeable colgada del perchero. Las catorce horas de mañana que ya habían empezado, de hecho, a las diez de la noche, cuando la aplicación le mandó el primer pedido del día siguiente. El cuerpo de la pantalla no tenía historia. No tenía rodilla lastimada. No tenía madre a la que mantener. No tenía miedo. Era sólo superficie, y por eso mismo era perfecta para el insomnio, porque el insomnio odia la profundidad.

Duró nueve minutos. Diez. Cuando acabó, no fue con un nombre sino con un gesto, el mismo gesto con el que habría cerrado una notificación. La pantalla siguió encendida. El algoritmo registró el patrón completo, desde el momento en que el pulgar se había detenido dos segundos más, hasta el momento en que la respiración había vuelto a su ritmo normal. Para el sistema, ese patrón era una métrica. Para Martín era una vergüenza que no alcanzaba a nombrar, una vergüenza sin objeto, como una olla a presión que no tiene válvula de escape. No le daba asco lo que había hecho. Le daba asco que el algoritmo lo hubiera acompañado en hacerlo.

Apagó la pantalla. La encendió de nuevo a los treinta segundos, porque el silencio del cuarto era peor que la luz. La pantalla volvió a la última imagen. La cruzó rápido, casi con rabia. El algoritmo interpretó el cruce rápido como una señal de que ese contenido en particular ya no le interesaba, y le sirvió, en su lugar, un clip del pastor del templo del barrio, con la misma voz de locutor de radio, con el mismo traje que costaba más que la moto de Martín, hablando del demonio, de los inmigrantes, del fin del mundo. El dedo de Martín siguió moviéndose. La línea gris siguió siendo gris. La mañana siguiente siguió siendo la misma mañana.

A la mañana siguiente, el algoritmo le sirvió más de lo mismo. Pero esta vez era un video del pastor del templo del barrio. El video tenía tres

millones de reproducciones. En él, el pastor hablaba directamente a la cámara con esa voz que parecía diseñada para que la oyeras incluso si no querías, y la voz decía, “Hermanos, no les van a decir la verdad en las noticias. Las noticias son del diablo. El diablo quiere que ustedes crean que todo está bien, que la economía está creciendo, que el país avanza. Pero miren a su alrededor. ¿Ven crecimiento? ¿Ven progreso? Lo que ven es destrucción. Los de arriba se están llevando todo. Y ¿sabe quién los está dejando entrar? Los inmigrantes. Los que vienen a quitarle el trabajo, a quitarle la comida, a violar a sus hijas.”

El video tenía un botón de “Donar” abajo. Martín no donó. Pero no dejó de mirar.

Los días pasaron. Martín seguía su rutina en su moto, en la lluvia, tras los pedidos, en la pantalla, el insomnio. Pero algo se estaba moviendo debajo de la superficie, como una corriente subterránea que no se ve pero que cambia el curso del río.

Su madre lo llamó un domingo. —Martín, ¿me acompañas al templo?

Ella lo había preguntado antes. Martín siempre había dicho que no, que estaba cansado, que tenía que trabajar. Pero esa vez, tal vez porque la voz de su madre sonó diferente, tal vez porque no tenía pedidos, tal vez porque algo dentro de él quería entender dónde iba su madre los domingos, dijo que sí.

El templo era aún más impresionante por dentro que por fuera. Tenía aire acondicionado, algo que la casa de Martín no tenía. Tenía sillones cómodos, algo que Martín no había probado desde que tenía doce años y se sentaba en el sofá de su abuela. Tenía un olor a perfume caro y a café recién hecho que envolvía todo como un abrazo químico. La música era enérgica, con batería electrónica y guitarras eléctricas, y tenía ese ritmo que se mete en el cuerpo y te hace mover sin que te des cuenta.

El pastor subió al escenario. Era alto, con el pelo engominado hacia atrás y una sonrisa que parecía practicada frente al espejo. Llevaba un traje gris con una corbata roja. No había un púlpito, sino un micrófono inalámbrico con el que caminaba por el escenario como si fuera un presentador de premios.

—Hermanos y hermanas —dijo, y su voz llenó todo el espacio como agua caliente—, hoy no vengo a hablarles de teología. Hoy vengo a hablarles de lo que ustedes sienten. Porque ustedes sienten miedo.

Sienten que el suelo se mueve bajo sus pies. Sienten que algo está mal pero no saben qué es. ¿Verdad?

La gente asintió. Martín asintió también, casi sin querer. Era cierto. Sentía eso exactamente.

—Pues les voy a decir qué es. Lo que está mal es que se han alejado de Dios. Este país fue fundado en valores cristianos, y los que están arriba quieren destruir esos valores. Quieren que los niños cambien de género en las escuelas. Quieren que le enseñen a su hija que la familia no es importante. Quieren que ustedes crean que el dinero que ganan con su sudor es de ellos, no de Dios."

El pastor habló durante una hora. No mencionó los precios del supermercado, que habían subido un cuarenta por ciento en seis meses. No mencionó los accidentes de moto, que se habían triplicado porque las calles estaban rotas. No mencionó el centro de salud cerrado, ni la escuela pública vaciada, ni las empresas que se iban del país dejando miles sin trabajo. Habló de demonios. De que la homosexualidad era una plaga. De que los medios de comunicación mentían. De que el candidato Castillo era el "ungido" por Dios para limpiar la patria.

La gente lloraba. Había una energía eléctrica en el aire, como antes de una tormenta. Martín miró a su madre. Tenía los ojos cerrados y las manos levantadas. Su rostro tenía una expresión de paz que él no le había visto en años. Y en ese momento, Martín sintió que, por un instante, el peso de sus deudas desaparecía. Era fácil. No había que pensar. Solo creer. Solo levantar las manos y dejar que alguien más cargara con el peso de entender por qué todo estaba tan mal.

La recolección fue al final. Cestas que pasaban por los pasillos mientras la música seguía sonando. Su madre metió un billete de cinco mil pesos en la cesta. Era el diezmo semanal. El cinco por ciento de lo que ganaba limpiando casas ajenas. Martín pensó en las rodillas de su madre, que también dolían, y que también estaban en la lista de espera.

Al salir, la gente compraba CDs del pastor, camisetas con el logo del templo, y agua bendita en frasquitos de plástico que costaban tres mil pesos. El templo era un supermercado del alma. Todo tenía precio y todo se pagaba con fe y con billetes.

Las semanas pasaron. Martín volvió al templo dos veces más. No porque creyera, sino porque su madre le pedía y porque, si era honesto

consigo mismo, ese lugar era lo más parecido a la calma que había encontrado en mucho tiempo. El aire acondicionado ayudaba. El sillón cómodo ayudaba. La música ayudaba. Era como un anestésico para el dolor crónico de estar vivo.

Llegaron las elecciones. Martín votó por Castillo. No porque supiera qué era el PIB o la inflación —la escuela pública donde estudió nunca le enseñó eso, solo le hizo memorizar la fecha de batallas—, sino porque el candidato le había dado una respuesta simple a su dolor, y que la culpa era de los de arriba que no creían en Dios, y de los de abajo que venían de otros países. Era una explicación que no requería pensar. Solo requería señalar. Y señalar es fácil cuando alguien te entrega el dedo.

Ganó Castillo. La noche de la elección, el pastor salió en todas las pantallas, dando gracias a Dios y diciendo que este era el comienzo de una nueva era. Las luces del templo brillaban más fuerte que nunca, como si la fe se pudiera medir en voltios.

Nada cambió para Martín. Seguía mojándose en la moto. Seguía haciendo catorce horas. Seguía durmiendo cinco. Seguía mirando la pantalla hasta las tres de la mañana. Pero ahora, en la esquina de su casa, había un policía con un fusil. Antes no había policía. Ahora había tres. Llevaban chalecos antibalas y miraban a todos como si fueran sospechosos de algo que nadie les había explicado. “Seguridad”, decía el gobierno. Pero la única cosa segura era que el sueldo de esos policías salía de los mismos impuestos que a Martín le cobraban por tener una moto que necesitaba para sobrevivir.

En la televisión, el nuevo ministro de Economía, amigo del pastor, firmaba un decreto eliminando el impuesto a las grandes empresas tecnológicas. “Para que creen empleo”, dijeron. El ministro sonreía frente a las cámaras. Tenía la misma sonrisa del pastor, ensayada, brillante, vacía. Martín no lo entendía, estaba viendo un video de una chica bailando.

Los precios siguieron subiendo. La gasolina subió. La luz subió. La comida subió. Lo único que no subió fue el pago por entrega de la plataforma. De hecho, en una actualización de la aplicación que Martín no leyó porque tenía cuarenta y siete páginas de términos y condiciones, había una cláusula nueva que reducía el pago base en un doce por ciento. “Optimización de tarifas para mejorar tu experiencia”, decía el mensaje de la app. Martín no se dio cuenta hasta el viernes, cuando

revisó sus ganancias de la semana y vio que eran dieciocho mil pesos menos de lo esperado.

Un martes, Martín fue a retirar el último dinero de su cuenta para pagar la luz. Estaba vacía. El banco le dijo que hubo un “ajuste de tarifas” y un cobro de seguro que él no recordaba haber firmado. La mujer del banco, que estaba detrás de un vidrio grueso y hablaba por un intercomunicador como si fuera una prisión, le mostró un documento con su firma. Martín miró la firma. Parecía la suya, pero no podía recordar cuándo la había puesto. Probablemente cuando contrató el plan de celular, cuando descargó la aplicación, cuando aceptó los términos y condiciones que nadie lee. En alguna parte de los cuarenta y siete páginas, estaba la firma. En alguna parte del contrato, estaba la trampa.

Salió a la calle con las manos temblando de rabia. No era una rabia que apuntaba a alguien en particular. Era una rabia sin nombre, sin dirección, sin salida. Pasó frente al templo de neón. Estaban cerrando. La última gente salía con sus caras de posesión tranquila, esas caras de quien acaba de recibir una inyección de algo que no cura pero que adormece.

Vio al pastor subiendo a un SUV negro, nuevo, vidrios polarizados. Del otro lado del coche bajó el candidato Castillo, ahora presidente. Se dieron un abrazo, se rieron. El pastor le entregó un sobre, seguramente con los votos de los fieles anotados. O tal vez con los números de cuenta bancaria. O tal vez con ambas cosas. El SUV tenía placas del gobierno. El SUV tenía un chofer. El SUV tenía asientos de cuero que Martín podía ver a través de la ventana entreabierta cuando el pastor se sentó atrás.

En ese momento, el teléfono de Martín vibró. Una notificación que decía “Atención. El gobierno informa que cualquier protesta contra las nuevas tarifas será considerada terrorismo y atentado contra los valores de la familia.”

Martín se quedó parado. Miró el SUV alejándose. Miró el celular vibrando en su mano. La pantalla tenía una grieta larga que cruzaba de lado a lado, como una cicatriz. La había obtenido hace un mes, cuando se le cayó el celular de la moto. No tenía dinero para arreglarlo. La grieta pasaba justo por el medio de las palabras, partiéndolas en dos. A través de la rajadura se veía el reflejo de su propio pulgar, calloso, moviéndose solo.

De repente, el ruido de la ciudad se apagó en su cabeza. Fue como si una niebla muy densa que había respirado desde los quince años se levantara un centímetro. No todo. Solo un centímetro. Pero fue suficiente.

Vio el cartón de basura tirado en la esquina. Vio el local del supermercado convertido en iglesia. Vio el cartel de “Se arrienda” en la vieja escuela pública. Vio el semáforo roto que nadie reparaba. Vio la cámara de seguridad parpadeando sobre una banca que ya no existía. Vio el letrero de “Cerrado por remodelación” en el centro de salud donde su madre debería haberse operado de las cataratas.

No supo qué palabra usar. Esas palabras pertenecían a un diccionario que nadie le había entregado. Pero su estómago, ese que tiene más memoria que el cerebro, le decía que algo andaba mal, que le habían sacado la silla justo cuando se sentaba, que el alivio de esa mañana había sido una trampa más.

Martín no sacó un arma. No empezó a gritar. No corrió a la red a escribir un post que nadie leería o que los algoritmos enterrarían en el fondo del feed. Hizo algo más peligroso y más difícil, que fue apagar la pantalla de su teléfono. Lo metió en el bolsillo. Y se quedó mirando el SUV negro hasta que se perdió en la distancia, pensando por primera vez en mucho tiempo, en silencio.

La lluvia caía sobre sus hombros. La ciudad seguía haciendo ruido a su alrededor, pero dentro de Martín había un silencio nuevo, no vacío sino presencia.

No sabía qué haría al día siguiente. No sabía si ese despertar duraría una hora o una vida. Pero por primera vez en años, la grieta de su pantalla no le molestó. Le pareció que, a través de esa grieta, podía ver algo que la pantalla entera nunca le había mostrado.

El polvo y la pantalla

La tiza rechinó contra la pizarra. Lucía escribía una fecha, 1976. Detrás de ella, quince adolescentes de segundo año no la miraban. La miraban a sus celulares. El aula olía a humedad y a desinfectante barato; el techo goteaba en una esquina desde hacía seis meses que el ministerio no enviaba a nadie a arreglarlo.

—¿Qué pasó en esa fecha? —preguntó Lucía, frotándose los ojos cansados.

Un chico del fondo, con una gorra plana y los dedos moviéndose a velocidad luz sobre la pantalla, levantó la vista un segundo. —Profe, eso es historia antigua. ¿Para qué nos sirve saber eso si el mundo se acaba el año que viene?

Murmullos de aprobación. Una chica con pulseras evangélicas asintió con la cabeza.

—Sí, profe. El pastor Raúl dijo que ya se están cumpliendo las profecías. Además, en TikTok vi un video de el candidato diciendo que los profesores de historia solo enseñan a odiar a la patria.

Lucía sintió un vacío en el estómago. No era odio lo que sentía, era impotencia. Intentó explicar cómo los dictadores del pasado usaron el miedo, exactamente igual que ahora, para dividir a la gente. Pero las palabras le sonaban a un idioma muerto. Aquellos chicos no tenían la capacidad de conectar un evento de hace cincuenta y tres años con el video corto que habían visto en el desayuno. Su atención había sido seccionada en pedazos de quince segundos.

Sonó el timbre. Salieron corriendo, chocando entre sí, sin despegar los ojos de las pantallas.

Eran las seis de la mañana cuando Lucía llegaba al colegio. Siempre era la primera. Llegaba antes que el conserje, antes que las señoras de la cafetería, antes que el director, que aparecía a las ocho si aparecía. El colegio se llamaba Instituto Nacional República, un nombre que alguna vez significó algo, cuando los institutos nacionales eran centros de excelencia donde estudiaban los hijos de obreros y campesinos que luego se convertían en profesionales, en intelectuales, en gente que cambiaba las cosas. Eso era antes. Antes de que el presupuesto de educación se recortara año tras año hasta convertir los institutos en depósitos de adolescentes.

Lucía dejó su mochila en el aula y miró alrededor. El aula 204 había sido su aula durante diecisiete años. Diecisiete años enseñando historia y geografía a adolescentes que cada año sabían menos, que cada año estaban más cansados, más distraídos, más lejos de cualquier cosa que se pareciera al pensamiento crítico. Las paredes necesitaban pintura. Los pupitres estaban rayados con nombres y dibujos. El mapa del mundo que colgaba detrás de su escritorio tenía fronteras de hace treinta años porque nadie le había entregado uno nuevo. La pizarra, esa que había sido verde cuando ella llegó y que ahora era de un gris verdoso con manchas que no salían ni con agua fuerte, era el único objeto del aula que seguía sirviendo para lo que fue diseñado, que era escribir. Aunque lo que Lucía escribía en ella ya casi nadie lo leía.

Abrió la ventana. El aire de la mañana entró con ese olor húmedo de ciudad tropical que mezcla el asfalto mojado con la basura sin recoger y el aroma de comida de los puestos callejeros que empezaban a montarse. Desde el tercer piso, Lucía podía ver el barrio, las terrazas con ropa tendida, los postes de luz con cables enredados, la calle principal con su tráfico lento y su acera deteriorada, y al fondo, donde los cerros bajaban hacia el mar, una neblina espesa que en esta ciudad no se levantaba nunca del todo. Y allí, imponente, a dos cuadras de distancia, la cruz de neón del templo. Era imposible no verla. Brillaba día y noche, roja como una herida abierta en el paisaje urbano.

Lucía recordó cuando ese terreno era un mercado municipal. Un mercado feo, ruidoso, sucio, pero funcional. Allí su abuela compraba las verduras para la sopa del domingo. Allí los pescaderos gritaban los precios del pescado fresco y las señoras discutían por el peso exacto del plátano. El mercado se quemó un año atrás en un incendio que, según la versión oficial, fue accidental. Según la versión que circulaba en los pasillos del colegio y en las colas del bus, el terreno le pertenecía a un hombre de negocios que también financió la construcción del templo. Pero eso era un rumor, y los rumores no se enseñan en clase.

El barrio tenía otras cicatrices. La farmacia de la esquina, que había sido de la familia de Lucía durante tres generaciones, ahora era una tienda de ropa usada importada. El cine, donde su madre había visto las películas de Almodóvar en VHS, era un estacionamiento con techos de lámina. La plaza, que tenía una fuente con un ángel de piedra que los niños tocaban para pedir deseos, era un terreno baldío donde la municipalidad había prometido un parque y nunca llegó ni el plano. Cada espacio que había sido comunitario se había convertido en algo transaccional o en nada. El templo era la excepción, brillante, nuevo,

financiado. Nadie sabía de dónde venía el dinero exactamente, pero todos veían el resultado.

Los estudiantes empezaron a llegar. Llegaban en grupos, con los celulares en la mano, las orejeras puestas, los ojos fijos en las pantallas. Algunos caminaban despacio, arrastrando los pies como si el solo acto de caminar hacia la escuela les causara dolor. Otros llegaban con energía, pero era una energía nerviosa, la de quien ha pasado la madrugada viendo videos y no ha dormido lo suficiente. Casi ninguno llevaba libros. Llevaban el celular, los audífonos, tal vez una botella de agua y un paquete de galletas.

La primera clase fue con segundo año B. Lucía había preparado una clase sobre la Revolución Francesa, específicamente sobre cómo la desinformación y la manipulación de masas fueron herramientas clave para que Robespierre instaurara el Terror. Era una conexión que ella consideraba útil, pues mostraría a los chicos que la manipulación no era nueva, que había patrones que se repetían, que aprender historia no era memorizar fechas sino entender mecanismos.

Pero cuando entró al aula, lo que encontró fue a quince adolescentes sentados en sus pupitres, cada uno con su celular iluminando su cara como una pequeña linterna en la oscuridad de la ignorancia. Nadie la miró cuando entró. Nadie la miró cuando se paró frente a la pizarra. Nadie la miró cuando empezó a hablar.

—Buenos días —dijo Lucía. La frase flotó en el aire como una hoja caída.

Tres estudiantes levantaron la vista. Los otros doce seguían en sus pantallas. Lucía esperó. Contó hasta diez mentalmente. Luego hasta veinte. A los veinte, el chico de la gorra, que se llamaba Brandon, levantó la vista y dijo, y entonces, —Profe, ¿puede repetir? Estaba viendo algo.

—Estaba diciendo buenos días.

—Ah, ok. Buenos días.

Y volvió a su pantalla.

Lucía escribió en la pizarra, y la frase fue, “La Revolución Francesa, ¿Cómo se manipula a una sociedad?” Escribió lentamente, con letra grande, esperando que la curiosidad hiciera su trabajo. Nada. Ni un solo estudiante copió el título. Ni un solo estudiante sacó un cuaderno.

—Vamos a hablar de algo que les importa —dijo Lucía, cambiando de estrategia—. ¿Alguien aquí siente que las redes sociales le mienten?

Silencio. Luego, la chica de las pulseras evangélicas, que se llamaba Valeria, levantó la mano.

—Profe, mi mamá dice que las redes sociales son un instrumento del diablo pero que también son una bendición porque a través de ellas conocimos al pastor Raúl y él nos salvó.

—¿Te ha salvado de qué, Valeria?

—De estar perdida, profe. De no saber qué hacer con mi vida.

—¿Y qué haces ahora con tu vida?

Valeria parpadeó.

—Voy al templo. Leo la Biblia. Le ayudo a mi mamá con las tareas.

—¿Y qué te gustaría hacer? ¿Cuál es tu sueño?

Valeria se quedó callada. Miró su celular como buscando una respuesta ahí. Luego dijo,

—El pastor dice que soñar en vano es pecado de soberbia. Que debemos aceptar el lugar que Dios nos ha dado.

Lucía apretó la mandíbula. No dijo lo que quería decir. Lo que quería decir era que un sistema que le enseña a una niña de quince años que soñar es un pecado es un sistema que la está matando en vida. Lo que quería decir era que el pastor Raúl vivía en una casa de cinco habitaciones con piscina, mientras Valeria vivía en un cuarto de dos por tres con su madre y tres hermanos. Lo que quería decir era que la Biblia no decía nada de eso, que era una interpretación interesada diseñada para mantener a la gente tranquila mientras otros se llevaban todo.

Pero Lucía no dijo nada de eso. Conocía el trayecto completo, de la queja al supervisor, del supervisor al informe, del informe a la calle, y de la calle a esos números que nadie leía pero que todos usaban para justificar recortes.

Así que Lucía dijo entonces, —Bien, Valeria. Vamos a hablar de la Revolución Francesa.

Y empezó a hablar. Habló de Robespierre, de la guillotina, del Comité de Salvación Pública. Habló de cómo un grupo de personas convenció

a todo un país de que la violencia era necesaria para la libertad. Habló de cómo las palabras “virtud” y “patria” se convirtieron en armas. Habló de cómo la gente buena, la gente que solo quería que las cosas mejoraran, terminó apoyando cosas terribles porque alguien les dijo que era por el bien común.

Mientras hablaba, miraba las caras de sus alumnos. Algunos la miraban, pero con esa mirada vidriosa de quien oye sin escuchar. Otros hacían otras cosas, como Brandon que atendía su celular debajo del pupitre. Dos chicas del fondo se pasaban notas escritas entre ellas. Un chico dormía con la cabeza apoyada en el brazo.

Después de Robespierre, Lucía intentó con un ejemplo más cercano. Les habló del golpe de Estado de 1973, de cómo los militares cerraron congresos, prohibieron partidos, desaparecieron personas. Les dijo que los generales justificaron todo diciendo que estaban “defendiendo los valores occidentales y cristianos”. Les dijo que mucha gente buena apoyó la dictadura porque creyó que era necesaria. Les dijo que la censura no empezó con los tanques sino con pequeñas cosas. Primero retiraron ciertos libros de las bibliotecas, luego censuraron las noticias, luego prohibieron reuniones, y un día la gente se despertaba y ya no podía decir nada porque no tenía las palabras para hacerlo.

Brandon levantó la vista de su celular en ese momento. No porque le interesara la clase, sino porque la palabra “dictadura” había aparecido en su “feed” esa mañana y quería saber si coincidía. Eso era lo que Lucía no podía enfrentar, porque contra la clase de historia tenía que competir con un algoritmo que sabía exactamente qué botones emocionales presionar en cada estudiante. El algoritmo no enseñaba. El algoritmo no informaba. El algoritmo alimentaba.

Al final de la clase, Lucía preguntó —¿Alguien puede decirme qué tiene que ver esto con lo que pasa hoy?

Silencio absoluto. El tipo que dormía se despertó con un sobresalto. Brandon guardó su celular rápidamente. Valeria dibujaba una cruz en el margen de su cuaderno.

—Piénsenlo para la próxima clase —dijo Lucía, y guardó sus cosas.

En el recreo, Lucía se sentó en la sala de profesores. La sala era un cuarto pequeño con una mesa redonda, cuatro sillas, un microondas viejo y un cafetero que no funcionaba hacía meses. Había un cartel en la pared que decía “Educar es transformar” con letras que se estaban

descascarando. La palabra “transformar” era la más dañada, como si la realidad misma se hubiera ensañado contra ella.

La profesora de matemáticas, una mujer llamada Patricia que llevaba veinte años en el colegio y que tenía la mirada de quien ha visto demasiado, se sentó al lado de Lucía.

—¿Cómo te fue con los de segundo?

—Lo de siempre. Me miraron como si hablara en arameo.

Patricia se rio, pero era una risa sin alegría.

—Ayer les puse un ejercicio de porcentajes. Nada complicado, si un producto sube un veinte por ciento y luego baja un veinte por ciento, ¿cuánto cuesta respecto al precio original? El ochenta por ciento respondió que cuesta lo mismo. Lucía, son quince años. Y el ochenta por ciento de quinceañeros no entiende un porcentaje básico.

—¿Y cómo lo explicas?

—No lo explico. Lo vivo. Cuando intento enseñarles algo que no está en formato de video corto, se apagan. Literalmente se apagan. Sus ojos se ponen en blanco. Es como si yo fuera un comercial aburrido entre dos videos entretenidos.

Lucía pensó en eso. La analogía era precisa y aterradora. Los adolescentes de su clase no eran estudiantes. Eran audiencia. Estaban entrenados para consumir contenido, no para procesar información. La diferencia es abismal, porque el contenido se traga, la información se mastica. El contenido entretiene, la información incomoda. El contenido fluye en una dirección, la información exige un diálogo.

Patricia se fue a su clase y Lucía se quedó sola con su café frío. Pensó en su propia historia. Había entrado a la docencia con veintitrés años, llena de idealismo, convencida de que la educación era la herramienta más poderosa para transformar una sociedad. Su primer año fue difícil pero esperanzador, porque los chicos preguntaban, discutían, se equivocaban y aprendían. El segundo año fue un poco más difícil. El tercero un poco menos esperanzador. Y así, año tras año, como una erosión lenta que no se nota hasta que un día miras el paisaje y ya no reconoce nada.

Lo que cambió no fue Lucía. Fueron las condiciones. Cada año había menos presupuesto, los materiales didácticos no se renovaban, los laboratorios se quedaban sin reactivos, los computadores del aula de

informática tenían sistemas operativos de hace una década. Cada año había más burocracia, con informes que llenar, formularios que presentar, reuniones que asistir, todo para justificar un trabajo que, según los números oficiales, estaba mejorando gracias a las reformas educativas. Cada año había más competencia por la atención de los estudiantes, partiendo con las redes sociales, luego los videos cortos, luego los templos con sus mensajes de fácil digestión. La escuela no podía competir contra eso con sus paredes húmedas y sus pupitres rotos y sus maestros agotados que ganaban lo mismo que un repartidor de comida.

La semana trajo novedades. El miércoles, en la reunión de profesores, el director anunció que el ministerio había enviado una nueva “guía de contenidos complementarios” para las materias de humanidades. La guía, que era un documento de cuarenta páginas con el logo del gobierno, establecía que los profesores de historia debían dar “énfasis especial” a los valores nacionales, la familia tradicional y el legado cristiano de la nación. También indicaba que ciertos temas, como las dictaduras militares del siglo veinte, debían ser tratados “con objetividad”, lo que en el lenguaje oficial significaba “con suavidad” o mejor aún, con omisión.

—Es decir, que no hablemos de lo que pasó —dijo Lucía.

El director, un hombre que había sido profesor durante treinta años antes de pasar a la administración y que tenía la postura permanente de quien lleva un peso invisible en los hombros, se quitó sus lentes y se frotó los ojos.

—Lucía, yo sé lo que esto es. Tú sabes lo que esto es. Pero si no cumplimos, nos cierran el colegio. Y si cierran el colegio, estos quinientos chicos se quedan en la calle.

—¿Y si los dejamos en la ignorancia? ¿Qué es peor?

El director no respondió. Guardó sus anteojos y pasó a la siguiente cosa del orden del día.

Esa tarde, el operativo llegó. Dos hombres con chalecos del ministerio se presentaron en la biblioteca del colegio con una lista. La lista tenía números de inventario, cincuenta y tres libros que debían ser retirados “temporalmente” para “revisión de contenidos”. Lucía estaba allí cuando los hombres empezaron a sacar los libros de los estantes. Era como ver una extirpación quirúrgica sin anestesia.

Sacaron “El Principito” porque, según la lista, “contenía elementos de relativismo moral”. Sacaron “Cien años de soledad” porque “presentaba una visión negativa de la familia tradicional”.

Sacaron “1984” de Orwell porque, irónicamente, “podía generar confusión sobre el rol del Estado”.

Sacaron “Don Quijote” porque, decía la lista, “promovía la insubordinación y el idealismo impráctico”.

Sacaron libros de filosofía, de sociología, de ciencia política. Sacaron un atlas geográfico porque mostraba fronteras que el gobierno no reconocía. Sacaron todo lo que podía hacer pensar.

Lo que quedó en los estantes era material de relleno, manuales de procedimientos, folletos institucionales, una enciclopedia del año 2005 con información desactualizada y un set de libros de autoayuda que alguien había donado.

Lucía observó todo esto de pie en la puerta de la biblioteca. No dijo nada. No gritó. No protestó. No porque no quisiera, sino porque ya había aprendido que protestar en ese contexto era como gritar dentro de una caja de vidrio, en la cual podías gritar todo lo que quisieras, pero el sonido no salía. Y lo que era peor, era que los que estaban afuera de la caja podían verte gritar y decir, con voz cómplice, “Miren, está alterada. Seguro es una de esas profesoras radicales”.

Pero mientras los hombres del ministerio llenaban las cajas con los libros, algo se movió dentro de Lucía. Había rabia y había tristeza, pero no era solo eso. Era algo más antiguo, más profundo, como una raíz que empieza a crecer bajo tierra y que nadie ve pero que ya está cambiando la estructura del suelo.

Cuando los hombres se fueron, Lucía se quedó sola en la biblioteca vacía. Los estantes parecían mandíbula sin dientes. El silencio era ensordecedor. En ese silencio, Lucía fue al almacén donde habían dejado las cajas de libros “retirados”. Eran tres cajas grandes. Las abrió una por una. Adentro estaban los libros pegados con etiquetas que decían “REVISIÓN DE CONTENIDOS - NO CIRCULAR”. Pero los libros no se iban a revisar. Lucía lo sabía. Iban a desaparecer. Iban a terminar en un basurero, o en la hoguera de alguna “quema de ideología” que los templos organizaban cada mes como si fuera un evento social.

Agarró la primera caja. Pesaba. La llevó caminando por los pasillos oscuros, mirando de reojo la ventana. A dos cuadras de la escuela, la

gigantesca cruz de neón del templo nuevo brillaba roja, reflejándose en los charcos de la calle.

Lucía no llevó la caja a la basura. La metió en el maletero de su coche viejo, ese coche que tenía oxidación en los guardafangos y un tapizado de asientos desgastado por los años. Luego volvió por la segunda caja. Y por la tercera. Tres viajes. Nadie la vio, o nadie le importó lo suficiente para verla.

En su casa, la dejó en el sótano. El sótano olía a humedad y a recuerdos, ahí estaban las cajas de su padre, muerto hace cinco años, con sus herramientas de carpintería y sus libros de medicina que nunca leyó porque se dedicó a trabajar la tierra. Junto a las cajas de libros "prohibidos", las herramientas de su padre parecían decir algo sobre la continuidad de las cosas, sobre cómo las generaciones anteriores también habían resistido de maneras que nadie registraba en los libros de historia oficial.

No sabía aún qué haría con ellos. Quizás nada. Quizás los guardaba para algún día, cuando la tormenta pasara, volver a ponerlos en los estantes. Quizás era un gesto simbólico, inútil, el tipo de cosa que hace alguien que no tiene poder pero que se niega a ser cómplice del vaciamiento.

Pero sabía con certeza que si los quemaba, como le ordenaban, ella también se convertiría en ceniza. No ceniza literal. Ceniza profesional, ceniza moral, ceniza humana. Esa ceniza invisible que cubre a los que hacen lo que se les dice aunque saben que está mal, y que un día se dan cuenta de que ya no quedan de ellos sino polvo y conformidad.

Al día siguiente, Lucía llegó al colegio y la biblioteca estaba vacía. Los estantes seguían ahí, pero sin libros parecían muebles de una casa deshabitada. Pasó frente a ellos sin detenerse y fue a su aula.

Los estudiantes de segundo año B ya estaban ahí cuando entró. Brandon estaba viendo un video. Valeria leía algo en su celular con expresión de devoción. Los demás hacían lo de siempre, esperar sin esperar, estar sin estar.

Lucía se paró frente a la pizarra. No escribió ninguna fecha. No sacó ningún libro, porque no había ninguno. Miró a sus alumnos y por un momento sintió la tentación de hacer lo fácil, consistente en darles una tarea de copiar, poner un video educativo, dejarlos solos con sus celulares y sobrevivir otro día.

Pero entonces pensó en la caja del sótano. En los libros que alguien había escrito pensando que serían leídos por generaciones. En el esfuerzo humano que hay detrás de cada página, el autor que pasó noches en vela escribiendo, el editor que lo corrigió, el impresor que lo encuadernó, el profesor que lo llevó al aula, el estudiante que lo abrió por primera vez y descubrió que el mundo era más grande de lo que pensaba. Todo eso estaba en esas cajas. Y alguien quería desaparecerlo porque un libro abierto es más peligroso que un templo lleno.

—Hoy no vamos a usar la pizarra —dijo Lucía.

Brandon levantó la vista. Era la primera vez en semanas que dejaba su celular boca abajo sobre el pupitre.

—Hoy vamos a hacer algo diferente. Van a apagar sus celulares. Todos. Y los van a dejar en la mesa. No porque yo sea la autoridad que se los prohíbe, sino porque quiero que hagan algo que no han hecho en mucho tiempo y que es pensar sin intermediarios.

Silencio. Los estudiantes se miraron entre ellos con la expresión de quien ha sido invitado a un planeta extraño.

—Vamos a hablar de una pregunta —continuó Lucía—. La pregunta es esta, ¿quién decide lo que ustedes saben?

Nadie respondió. Pero nadie se fue. Y eso, en aquel colegio vaciado, en aquella biblioteca saqueada, en aquella aula que olía a humedad y a desinfectante barato, era más de lo que Lucía esperaba.

Lo que pasó después no fue de inmediato. Pasaron meses. La clase sobre “¿quién decide lo que ustedes saben?” quedó como una de esas cosas que Lucía guardaba sin nombrar, como las cajas del sótano, como el cuaderno cuadriculado del cajón, como la palabra SALADIN en el borrador del pizarrón. El colegio siguió su curso. Los estudiantes siguieron scrolleando. El techo del aula 204 siguió goteando. Lucía siguió llegando a las seis de la mañana, antes que el conserje, antes que las señoras de la cafetería, antes que el director. Pero algo se había movido, no en el colegio sino en ella, y ese movimiento era difícil de nombrar porque no tenía la forma de una decisión sino la forma de una disposición, como un músculo que se afloja después de años de tensión.

Fue en mayo, un miércoles de lluvia fina, cuando Lucía la vio en la puerta del colegio. Estaba bajo el alero del ingreso, esperando que escampara, con una mochila de lona al hombro y un libro en la mano.

Lucía la reconoció antes de saber quién era, y al mismo tiempo no la reconoció. Era una mujer joven, de unos veinticinco años, con el pelo corto y la ropa gastada de quien vive en una población. Tenía los ojos de alguien que Lucía había visto antes, y fue eso, los ojos, lo que la detuvo en la mitad del paso. Eran los ojos de un alumno. Los mismos ojos, pero en otra cara.

La mujer levantó la vista del libro y la vio. Sonrió.

—Profe —dijo—. Profe Lucía.

Lucía se detuvo. La mujer bajó los escalones del ingreso y se le acercó. Caminaba con una seguridad tranquila, sin apuro, sin disculpa.

—No sé si me reconoce —dijo—. Soy Rocío.

Lucía la miró. Los ojos eran los mismos. La forma de inclinar la cabeza cuando hablaba era la misma. La voz no, la voz era otra, más grave de lo que Lucía habría esperado si hubiera esperado algo. Pero era ella. Lucía recordó un día de hacía ocho años, el segundo B, una tarde en que los otros chicos le habían escondido la mochila en el baño de las mujeres, y ella había tenido que intervenir, y el chico, al recuperar la mochila, le había dicho bajito “gracias, profe”, con esa misma inclinación de la cabeza. Lucía no había hecho nada más. No había hablado con el director, no había llamado a los padres, no había vuelto a preguntarle cómo estaba. Ella también había aprendido a no decir lo que pensaba, y esa tarde, como todas las otras tardes, había guardado el gesto y había seguido con la clase sobre la Revolución Francesa.

—Rocío —dijo Lucía. Y al decirlo entendió que el nombre era correcto, y que lo había sabido desde que la vio, y que el conocimiento era silencioso, y que el silencio era lo único que no le iba a quitar.

—Qué milagro verte por aquí —dijo Lucía—. ¿Qué haces?

—Supe que usted seguía aquí —dijo Rocío— porque quiero conversar con usted sobre una iniciativa que tenemos en la población donde vivo.

Lucía asintió. Seguía aquí. Después de todo, seguía aquí.

¿Dónde vivías ahora?, preguntó. Y Rocío le contó, sin alharaca, que vivía en la toma del cerro, esa que llevaba catorce años plantada en la ladera norte, la que el municipio quería desalojar y no podía porque ya era demasiada gente, la que tenía comedor comunitario y una biblioteca popular y un equipo de salud que atendía los martes. Le contó que estaban armando una biblioteca, que aceptaban libros donados, que

ella era la que llevaba el registro de lo que entraba. Le contó que tenían un estante con libros de los que no se habla, libros sobre el cuerpo, sobre el deseo, sobre la familia que no es la familia que predican los pastores, y que ese estante era el que más se usaba, sobre todo los viernes en la tarde, cuando los jóvenes llegaban después del liceo y se quedaban leyendo hasta que se iba la luz.

Lucía escuchó sin interrumpir. La lluvia fina había parado. Rocío hablaba con la voz tranquila de quien ha dejado de justificar su vida. Hablaba del cerro como se habla de un lugar donde las cosas todavía pueden pasar, no por decreto del gobierno ni por milagro del templo, sino porque la gente se las arregla para que pasen.

—Profe —dijo Rocío al final—, no le quiero pedir nada. Pero si usted conoce a alguien que tenga libros, libros que ya no se consiguen en el colegio, libros que sacaron de las bibliotecas, libros de los que no se habla en las noticias, llévenos. Cualquiera. La biblioteca no es mía, es del cerro. Y el cerro lee.

Lucía se quedó un momento mirándola. Después dijo,

—Tengo libros —dijo—. Los tengo hace rato. Déjame una semana.

Rocío asintió. Le dejó una dirección en un papelito doblado, y se fue caminando calle abajo, con la mochila al hombro y el libro en la mano, hacia el colectivo que subía al cerro. Lucía la vio perderse en la esquina, y se quedó un rato más parada en la puerta del colegio, mirando la calle mojada, sin saber todavía qué era lo que había pasado pero sabiendo que algo se había movido, como un músculo que se afloja después de años de tensión.

Esa noche, Lucía bajó al sótano. Las tres cajas seguían ahí, junto a las herramientas de su padre y al olor a humedad y a recuerdos. Las abrió una por una. Los libros seguían intactos. El Principito. Cien años de soledad. 1984. Don Quijote. El atlas de geografía que mostraba fronteras que el gobierno no reconocía. Filosofía, sociología, ciencia política. Libros que alguien había escrito pensando que serían leídos por generaciones, y que ahora estaban guardados en un sótano esperando una tormenta que no iba a pasar.

Lucía los pasó uno por uno. Se detuvo en uno, más pequeño que los otros, de tapas gastadas, con una etiqueta en el lomo que decía “Memoria de la disidencia”. Lo abrió al azar. Era un libro de los que no se hablan en las noticias. Un libro sobre cuerpos que no encajaban en

el registro, sobre deseos que no se dejaban clasificar, sobre vidas que se habían hecho fuera del sistema. Lo hojeó. Cerró los ojos un momento. Pensó en Rubén, en segundo B, en la mochila escondida en el baño de las mujeres, en el “gracias, profe”. Pensó en Rocío, en la toma del cerro, en la biblioteca donde los jóvenes leían los viernes en la tarde. Pensó en el estante de los libros que no se hablan. Abrió los ojos. Metió el libro en la primera caja.

Una semana después, Lucía cargó las tres cajas en el maletero del coche viejo, ese que tenía oxidación en los guardafangos y un tapizado de asientos desgastado por los años, y subió al cerro. La toma era más grande de lo que había imaginado. Casas de madera y zinc escalonadas en la ladera, escaleras de tierra, un letrero pintado a mano que decía “Biblioteca Popular La Grieta”. Lucía se quedó un momento mirando el letrero. Después bajó las cajas, una por una, hasta la puerta de la biblioteca. Rocío la esperaba en la entrada.

No se abrazaron. No hubo discurso. Rocío recibió las cajas sin decir gracias, como quien recibe algo que siempre le había correspondido. Lucía no dijo de dónde había sacado los libros, y Rocío no preguntó. Las dos sabían. Algunas cosas no necesitan ser nombradas para ser sabidas.

Lucía se quedó un rato en la biblioteca, mirando los estantes. Eran estantes de madera reciclada, con libros donados que habían sido de muchos dueños antes. En un rincón, una estantería más pequeña tenía una etiqueta escrita a mano, “Libros de los que no se habla”. Lucía dejó allí el libro de tapas gastadas, “Memoria de la disidencia”, junto a otros que hablaban del cuerpo, del deseo, de la familia que no era la familia que predicaban los pastores. Lucía miró a Rocío acomodar los libros en los estantes, y pensó, sin decírselo a nadie, que el nombre le quedaba bien, mejor que el viejo, como una prenda que por fin talla.

Cuando salió, llovía. Lucía bajó las escaleras de tierra despacio, con el corazón latiendo con una fuerza que no sentía desde hacía décadas, no de rabia sino de algo más antiguo, más cercano a la sensación que tuvo cuando aún creía que enseñar historia era un oficio con sentido. Se subió al coche. Miró por el retrovisor. La toma se veía desde abajo como una mancha de luces en la ladera, con la cruz de neón del templo brillando al otro lado del valle, roja como siempre. Pero entre la cruz y la toma había algo que Lucía no había visto antes, una distancia que no era geografía sino dirección, pues la cruz apuntaba hacia arriba y la

biblioteca apuntaba hacia adentro, hacia los libros, hacia los cuerpos, hacia los jóvenes que iban a leerlos los viernes en la tarde.

Arrancó el coche. Bajó el cerro. No volvió a la toma en mucho tiempo. Pero cada vez que llovía, y en la Región Norte llovía a menudo, pensaba en los libros subiendo las escaleras de tierra en la mochila de algún joven, y pensaba que la grieta del cinco por ciento, esa que Tomás había plantado en el código y que Lucía había escrito en su cuaderno, tenía ahora otra forma, más antigua que el algoritmo, más antigua que el templo, más antigua que el colegio. La forma de un libro que pasa de mano en mano, en la ladera de un cerro, sin que nadie lo mida.

El teleprompter

Las luces eran cegadoras. Diego se ajustó el micrófono de diadema. Tenía veinticinco años, una sonrisa de presentador de televisión y el pulso acelerado. Era el “pastor de la juventud”, el encargado de traducir el mensaje de los ancianos al lenguaje de las redes.

Diego había llegado al templo hacía tres años, cuando todavía era estudiante de comunicación en la universidad pública. En aquel entonces no era pastor ni creyente convencido. Era, más bien, un chico ambicioso con buena presencia ante las cámaras y una habilidad natural para hablar en público. El templo lo reclutó en una feria de empleos, si es que se le podía llamar así a eso. Lo que había era una mesa en el pasillo de la universidad con un cartel que preguntaba, “¿Te gusta la comunicación? ¿Quieres usar tu talento para algo más grande que la televisión comercial?” Diego se acercó por curiosidad, por el cartel, por la chica que estaba detrás de la mesa. La chica se llamaba Sofía y tenía ojos enormes y una sonrisa que prometía algo más.

Dos semanas después, Diego estaba filmando su primer video para las redes del templo. El video era sobre “la poderosa historia de un joven que encontró a Dios en medio de la adicción a las redes sociales”. Diego lo leyó de un guion que le entregó el pastor Miguel, el segundo al mando. El video tuvo cien mil visualizaciones en tres días. Diego se convirtió, de la noche a la mañana, en la cara joven de una máquina que él todavía no entendía.

Al principio, el trabajo era sencillo y hasta divertido. Grababa videos de un minuto, subía reels, hacía directos los domingos donde hablaba de fe y superación personal con un tono que mezclaba el coach motivacional con el sermón. Sus seguidores crecían como la espuma, a diez mil, cincuenta mil, doscientos mil. Los comentarios decían cosas como “Dios te bendiga, pastor Diego” y “Necesito esa palabra hoy” y “Me hiciste llorar”. Diego leía los comentarios y sentía algo que no podía nombrar, y era una mezcla de poder y vacío, como beber agua salada que quita la sed por un momento pero te deja con más sed.

Con el tiempo, los videos dejaron de ser espontáneos. Llegó un momento, hace aproximadamente un año, cuando el obispo principal, un hombre llamado Ernesto que tenía setenta años, pelo blanco impecable y una colección de relojes que Diego calculaba en más de cuatrocientos cincuenta millones de pesos, lo llamó a su oficina. La oficina del obispo era un despacho enorme con vista a la ciudad,

mobiliario de caoba y un aire acondicionado que funcionaba a una temperatura que Diego nunca había experimentado en ningún otro lugar de su vida.

—Diego —dijo el obispo, sin levantar la vista de su escritorio—, tienes un don. Dios te lo dio. Pero un don sin dirección es un río que se desborda. Necesitas dirección. Nosotros te la vamos a dar.

—Claro, obispo. Lo que usted diga.

—A partir de ahora, vas a tener guiones más estructurados. Nada cambia en tu forma de hablar, sigues siendo tú, pero el contenido tiene que estar alineado con la visión estratégica del ministerio.

—Estratégica.

—Sí. Estratégica. La obra de Dios es una obra de estrategia. Moisés no salió de Egipto sin un plan. Josué no entró a Jericó sin un plan. Nosotros no vamos a salvar esta nación sin un plan.

Diego asintió. La palabra “salvar” lo hizo sentir importante. Era la primera vez que alguien le decía que su trabajo tenía una dimensión trascendental. En la universidad, sus profesores le habían dicho que la comunicación era “un campo en transformación” y que “las oportunidades eran limitadas”. Aquí, le estaban diciendo que podía salvar una nación. La diferencia de escala era abismal, y Diego, que tenía veintidós años y deudas, no estaba en posición de ser escéptico.

Los guiones empezaron a llegar cada lunes por correo electrónico. Estaban escritos por un equipo que Diego nunca conoció personalmente. Eran textos bien estructurados, con frases redondas, citas bíblicas seleccionadas con precisión quirúrgica y un tono que oscilaba entre la compasión y la urgencia. Diego los leía frente a la cámara y le salían naturales. Eso era parte de su talento porque podía leer cualquier cosa y hacerla sonar como si la hubiera pensado él mismo. Era el tipo de habilidad que en otro contexto se llamaría actuación.

El sueldo era bueno. Más que bueno. Diego ganaba el triple de lo que ganaba su padre, que era albañil y que llevaba treinta años construyendo casas que otros habitaban. Con su sueldo, Diego pudo pagar las deudas de la universidad, comprarse un departamento en un barrio que antes no habría podido ni mirar, y cambiar su guardarropa de ropa de segunda mano por camisas de marca y zapatos que no crujían al caminar. Su madre, que trabajaba como empleada doméstica

y que nunca había tenido un departamento propio, lloró cuando lo visitó por primera vez. Lloró de orgullo. Diego también lloró, pero de algo más complicado que el orgullo.

Las cosas empezaron a cambiar, o más bien a revelarse, hace seis meses. Fue cuando los guiones dejaron de hablar solo de fe y empezaron a hablar de política. El primer guion que tocaba el tema explícitamente decía algo así, “Hermanos, no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras legisladores que no temen a Dios quieren imponer leyes que destruyen a la familia. Este domingo, saldremos a las calles a defender lo que es nuestro. No es política, es fe en acción”.

Diego grabó el video. Tenía trescientas mil visualizaciones. La marcha fue un éxito, pues hubo miles de personas con camisetas blancas y banderas del templo marchando por la avenida principal, cantando y orando. En las noticias de la noche, nadie mencionó que el templo había organizado la marcha. Nadie mencionó que detrás de las camisetas blancas había un equipo de comunicaciones que había diseñado la estrategia de redes, los puntos de discursos y los mensajes clave. La marcha pareció espontánea. Era cualquier cosa menos espontánea.

Después de esa primera marcha, vinieron más. Una cada dos semanas, siempre con un tema diferente pero siempre el templo convocaba a través de las redes, los fieles se reunían con camisetas del mismo color, los medios de comunicación cubrían el evento con lenguaje neutral, y los resultados aparecían en los informes que el obispo enviaba a sus contactos en la capital. Diego aprendió a leer esos resultados sin verlos, y podía medir el éxito de una marcha por la satisfacción que el obispo mostraba al día siguiente. Si el obispo estaba de buen humor, la marcha había cumplido su cuota de visualizaciones y participantes. Si estaba serio, había que subir el tono del próximo video.

Diego empezó a notar cosas. Pequeñas cosas al principio, como las piezas de un rompecabezas que van encajando solas si tienes el valor de mirarlas. El obispo Ernesto empezó a recibir visitas de hombres de traje que no eran del templo. Venían en SUVs negros con vidrios polarizados, entraban por la puerta trasera del templo y se reunían en el despacho del obispo durante horas. Diego los veía pasar porque su estudio de grabación estaba al lado del despacho. A veces escuchaba fragmentos de conversación y palabras como “región norte”, “segmento joven”, “coordinación con la campaña”. Eran palabras que no pertenecían al vocabulario de un sermón.

Luego vinieron los viajes. El obispo viajaba a la capital con frecuencia. A veces se iba por dos o tres días. Cuando volvía, los guiones tenían un nuevo tono, más agresivo, más direccional. Ya no se trataba solo de defender los valores. Se trataba de atacar a los medios de comunicación, a las universidades, a los sindicatos, a cualquiera que cuestionara el orden de las cosas. Diego grabó un video donde llamaba "enemigos de la familia" a un grupo de periodistas que habían publicado un reportaje sobre la financiación de los templos evangélicos. El video se hizo viral. Diego ganó veinte mil seguidores en un día. En su feed de comentarios, la gente lo llamaba "el valiente" y "la voz de la verdad".

Pero Diego no dormía bien. Desde hacía meses no dormía bien. Se acostaba en su departamento, en su cama grande y cómoda, con las sábanas de algodón egipcio que había comprado en una tienda que no sabía que existía, y miraba el techo sintiendo que algo estaba mal. No podía decir qué era. Era como un ruido que no se oye pero que se siente, como una vibración bajo el suelo que avisa de algo que está a punto de romperse.

El día que todo cambió, Diego tenía que grabar tres videos. Era jueves, día de grabación intensiva. El estudio estaba listo, las luces, las cámaras, el teleprompter con el primer guion cargado. Diego llevaba su ropa habitual para las grabaciones, con una camisa clara sin corbata, el micrófono de diadema, el crucifijo de oro de medio kilo que colgaba de su pecho. El crucifijo era un regalo del obispo. "Para que nunca olvides de qué lado estás", había dicho al entregárselo. Medio kilo de oro puro. A precio de mercado, eran setenta millones de pesos. Diego se lo había puesto cada día desde entonces, y cada día pesaba más.

Antes de empezar la primera grabación, Diego fue a la oficina del obispo a buscar un cable que había dejado allí el día anterior. La oficina estaba vacía, pero la computadora del escritorio no estaba bloqueada. Diego no iba a mirar. No había ido con esa intención. Pero la pantalla estaba encendida y el correo abierto, y un asunto que decía "Transferencia agosto - Acuerdo región norte" llamó su atención como un dedo que te señala desde la oscuridad.

Diego se acercó a la pantalla. Leyó el correo. Luego leyó otro. Y otro. Y otro. Diez minutos después, estaba sentado en la silla de cuero del obispo con las manos frías y el corazón latiendo en un lugar que no era el pecho, sino más profundo, como si el órgano se hubiera desplazado hacia el estómago.

Los correos no hablaban del Apocalipsis. No hablaban de la segunda venida de Cristo ni del fin de los tiempos ni de la batalla espiritual. Hablaban de dólares. Una fundación extranjera, con un nombre que sonaba a ONG pero que era en realidad un frente de una agencia de influencia del gobierno norteamericano, enviaba quinientos mil dólares mensuales a la iglesia. A cambio, la iglesia tenía que movilizar a sus fieles a favor de un tratado de libre comercio que beneficiaba a empresas norteamericanas; a producir contenido de redes que "fortaleciera la cohesión cívica y los valores compartidos" en la región norte, que era donde se iban a realizar las próximas elecciones municipales; y a desacreditar a los líderes sindicales y comunitarios que se oponían al tratado.

El "apoyo a Israel" que Diego predicaba cada domingo, las lágrimas que derramaba frente a la cámara hablando del pueblo elegido, las marchas de "fe en acción", todo era una etiqueta de marketing para activar a la base más fanática, la más dispuesta a salir a la calle, la más ciega para cuestionar. El pueblo de Israel no tenía nada que ver con esto. Era una palabra clave, un botón emocional que, al presionarlo, activaba una respuesta predecible en millones de personas que habían sido condicionadas durante años para asociar la fe con el apoyo incondicional a una causa extranjera.

Diego leyó los números. Quinientos mil dólares mensuales. De esos, cincuenta mil iban directamente a la cuenta personal del obispo Ernesto como "gastos de representación". Otros cien mil se distribuían entre los pastores de las sucursales regionales. El resto se invertía en producción de contenido, alquiler de espacios para marchas y eventos, y mantenimiento de la infraestructura del templo. Diego calculó su propio salario, que era de tres millones ochocientos mil pesos al mes por ponerle cara a una operación que costaba quinientos mil dólares. Él era el empleado más barato de toda la cadena.

Pero lo que más le dolió no fue el dinero. Fue la lengua. En los correos, la fe de la gente era llamada "capital social". Los fieles eran "la base". Las oraciones eran "engagement". La Biblia era "contenido de referencia". El pastor Raúl, que tenía un templo en el barrio sur y que llevaba a sus fieles a marchar cada domingo, era llamado "influencer clave sector sur". Los domingos de adoración eran "eventos de alta concurrencia". Y la fe, esa fe que su madre tenía y que lo había criado y que le había enseñado que había algo más allá de lo visible, era llamada "producto".

Diego cerró los correos. Se quedó sentado en la silla de cuero mirando la pared. La pared tenía un cuadro que representaba una imagen de Jesús con los brazos abiertos y la luz dorada detrás. El cuadro probablemente costaba más que la casa donde Diego había crecido.

—En tres, dos, uno... graba.

Diego estaba de pie frente a la cámara. Las luces le calentaban la cara. El teleprompter brillaba con el guion que el obispo había escrito esa mañana, “Hermanos, el mundo se moviliza contra la nación de Israel. Si no los apoyamos con nuestras oraciones y nuestros votos, la ira de Dios caerá sobre nuestra nación. Este domingo, saldremos a la calle a respaldar a el candidato, el único que defiende los valores del Cielo”.

Diego empezó a hablar con su voz gutural, llena de falsa emoción. Pero sus ojos se desenfocaron.

Su cerebro se partió en dos. Una parte recitaba las mentiras milagrosas que mantendrían su sueldo, su departamento y su estatus de mini-celebridad en la iglesia. Esa parte era automática, como un mecanismo de relojería que sigue funcionando aunque el relojero ya no esté. Las palabras salían de su boca con la misma cadencia, el mismo énfasis, la misma pausa dramática en los momentos clave. Era un profesional haciendo su trabajo, y lo hacía bien.

La otra parte miraba el crucifijo de oro de medio kilo que colgaba de su pecho y sentía náuseas. Medio kilo de oro. Setenta millones de pesos colgando de su cuello como un ancla. Pensó en su madre, que iba a misa todos los domingos en una capilla del barrio donde las sillas eran de plástico y el techo tenía goteras. Pensó en los fieles del templo, esos que dejaban el diezmo de sus salarios en la cesta cada domingo creyendo que ese dinero iba a obras de caridad. Pensó en Valeria, la chica de las pulseras evangélicas que le había escrito un mensaje la semana pasada diciendo, con voz temblorosa, “Pastor Diego, gracias a usted entendí que mi vida tiene propósito”. Valeria tenía quince años y su propósito, según el sistema que Diego ahora veía con claridad escalofriante, era ser un número más en la base de datos que el obispo mostraba en sus reuniones con los hombres de traje.

—...porque el Señor no abandona a los suyos —terminó la frase.

Diego no sabía si decía eso por fe o por inercia. Probablemente por inercia. La fe se había ido de su cuerpo como el agua de un vaso que tiene una grieta invisible.

—¡Corten!—gritó el director desde las sombras—. Perfecto, Diego. Esto se va a hacer viral.

Diego se quitó el micrófono. Lentamente, apagó el interruptor de la ring light principal. En la penumbra repentina, se sentó al borde del altar. El altar era de mármol blanco importado, con relieves dorados que contaban escenas bíblicas. Diego lo tocó con la yema de los dedos. Era frío. Todo aquello era frío, a pesar de las luces y la música y las lágrimas y las emociones que se generaban allí cada domingo. Detrás del calor artificial de la fe fabricada, había mármol frío y números en una pantalla.

Antes de levantarse, antes de caminar hacia la salida, antes de mirarse en el cristal oscuro de la ventana como haría en unos minutos, Diego sacó el teléfono del bolsillo del saco. Lo hizo con la automaticidad de quien abre una puerta que sabe que no debería abrir y que, sin embargo, abre siempre a la misma hora. Abrió una pestaña en modo incógnito. El navegador no guardó el historial. El teléfono, sin embargo, sabía. El teléfono siempre sabía. Diego había aceptado, hacía años, los términos y condiciones de su propio aparato sin leerlos, igual que Martín aceptaría después los de la app de reparto sin leerlos. En alguna parte de esos términos, en alguna letra chica, estaba firmada la cesión de su deseo.

No buscó nada en particular. Nunca buscaba nada en particular. El algoritmo, que para esto también era un perro de caza, le servía lo que él nunca se habría atrevido a buscar si tuviera que teclearlo. Eran imágenes de hombres como él, o que se parecían a cómo él habría querido ser, o a cómo no habría querido ser pero aun así miraba. Eran cuerpos que el algoritmo había aprendido, a lo largo de meses, que detenían su pulgar un segundo más. Eran cuerpos que, en su mayoría, también estaban siendo filmados por alguien que no era exactamente un cómplice ni exactamente una víctima, sino alguien que había aceptado, a cambio de algo, dejar de ser dueño de su propia imagen. Diego no pensaba en eso cuando miraba. Pensaba en eso después, siempre después, en el coche, en la ducha, en la madrugada siguiente cuando no podía dormir. Nunca durante.

Durante, era sólo el gesto. El mismo gesto de Martín, aunque Diego no sabía nada de Martín. El mismo gesto de tres millones de hombres en la Región Norte a la misma hora, aunque ninguno de ellos se conociera. El dedo que se mueve solo. La respiración que se corta. La pantalla que se queda encendida un segundo de más cuando ya no hay nada que mirar. Vertex Solutions, la empresa matriz para la que trabajaba Tomás

en el piso 32, gestionaba las narrativas de los templos y gestionaba también, en otra división menos visible, las narrativas de las plataformas de contenido adulto. El multiplicador x4 que se aplicaba al pastor que Diego imitaba en el teleprompter se aplicaba, en otra base de datos, al clip que Diego miraba en su teléfono. No era el mismo equipo. No era el mismo gerente. No era el mismo KPI. Pero era el mismo código. Diego no lo sabía. Tampoco necesitaba saberlo para que el sistema funcionara.

El teléfono le habló. No con la voz de S-Aladin, que todavía no existía esa noche. Con una voz más vieja, más burda, una voz de notificación. “He notado que prefieres este tipo de contenido. ¿Quieres personalizar tu experiencia?”. Diego cerró el cuadro. Lo cerró como cierra uno la puerta del baño cuando entra alguien en la casa. Rápido, con rabia, con vergüenza. Pero la voz ya había dicho lo que tenía que decir. La voz le había recordado que él no era el único que miraba, que el sistema lo sabía, y que el sistema, al saberlo, lo había absuelto de antemano, porque para el sistema no había pecado que absolver. Para el sistema sólo había métrica.

Diego se levantó. Caminó hacia el baño del camerino, ese baño que tenía un espejo con luz cálida y que el obispo había hecho instalar para que los predicadores salieran bien en las fotos de Instagram después del culto. Se miró en el espejo. Tenía la sonrisa aún puesta, la misma de presentador de televisión que lo había traído al templo a los veintitrés años. Debajo de la sonrisa, algo que no alcanzaba a nombrar. No era culpa. No era vergüenza. Era la sensación de ser un mueble dentro de una habitación cuyo plano no conocía.

Se lavó las manos. Se las lavó mucho más tiempo del necesario, como si el agua pudiera lavar también lo que el algoritmo ya había registrado. Se miró otra vez en el espejo. Por primera vez, la sonrisa le dio asco. No porque fuera falsa. Porque era la misma sonrisa que el algoritmo le había servido en la pantalla, transpuesta a su propia cara. Era la sonrisa de alguien que se mira a sí mismo como a un producto. Apagó la luz del baño. Salió al pasillo del templo. La cruz de neón rojo se veía a través de las ventanas del pasillo, y por primera vez en años, no le pareció un símbolo sagrado. Le pareció una notificación.

No renunciaría esa noche. Tenía deudas por el departamento, el auto que había comprado a crédito, las cuotas de la universidad de su hermana menor que él había prometido pagar. Renunciar significaba perder todo eso de la noche a la mañana y enfrentarse a una realidad

para la que no estaba preparado. La realidad de un mercado laboral donde su currículum decía “pastor de redes sociales” y donde las empresas serias no sabían qué hacer con eso.

Pero sabía que la fe que le quedaba acababa de morir en esa silla de terciopelo. No la fe en Dios, si es que alguna vez tuvo una. La fe en lo que hacía. La fe en que su trabajo tenía sentido. La fe en que las palabras que salían de su boca eran más que herramientas de manipulación disfrazadas de esperanza.

Se quedó sentado en la oscuridad del templo vacío. Las luces de neón de la cruz roja se veían a través de las ventanas. Desde allí, la cruz no se veía como un símbolo sagrado. Se veía como un logo. Un logo brillante, caro, eficiente, diseñado para ser visto a kilómetros de distancia y para evocar una emoción específica en la persona que lo miraba. Como el logo de una marca de refresco. Como el logo de una app de delivery. Como cualquier otro producto que competía por la atención en un mercado saturado de estímulos.

Diego se puso de pie. Caminó hacia la salida. Antes de abrir la puerta, se detuvo y se miró en el cristal oscuro de la ventana. Su reflejo era borroso, era una silueta joven con un crucifijo de oro que le llegaba casi a la cintura. Parecía un personaje de una fábula oscura, el tipo de cuento donde el héroe descubre que el castillo encantado es en realidad una jaula y que el dragón que lo custodia trabaja para el rey.

Abrió la puerta y salió a la noche. La noche estaba fresca y olía a lluvia reciente. A lo lejos, la ciudad brillaba con sus luces, y entre esas luces, Diego sabía que había miles de personas mirando sus videos en sus celulares, creyendo cada palabra, sintiendo cada lágrima,dejándose mover por un guion que alguien había escrito en una oficina con vista a la ciudad, lejos de cualquier cosa que se pareciera a lo sagrado.

Diego metió las manos en los bolsillos. En el bolsillo derecho encontró el celular. En la pantalla había una notificación del obispo, que decía, “Excelente video, Diego. Mañana a las 8 tenemos reunión de estrategia. Trae ideas para el contenido de la marcha del domingo. Dios te bendiga”.

Diego miró el mensaje. No respondió. Se subió a su auto, encendió el motor y se quedó un momento con las manos en el volante, mirando la cruz de neón del templo por el retrovisor. La cruz se hacía más pequeña a medida que se alejaba, pero no desaparecía. Nunca desaparecía.

Eso era lo peor porque no podías alejarte lo suficiente como para dejar de verla.

Manejó hacia su departamento en silencio, sin prender la radio, sin llamar a nadie, pensando en las palabras que diría mañana en la reunión de estrategia y en las palabras que no diría nunca, en las preguntas que no haría y en las respuestas que ya tenía pero que no podía pronunciar porque estaban escritas en un idioma que solo él podía leer y que, si las decía en voz alta, lo convertirían en un creyente que ya no cree en la máquina, pero que todavía no sabe cómo salir de ella.

Semanas después, una madrugada de junio, Diego se despertó en su departamento sin ganas de encender el teléfono. Era la primera vez en meses. La luz entraba por la ventana y caía sobre la sábana, y él se quedó quieto, sin moverse, sintiendo el calor de su propio cuerpo bajo la tela. No pensó en nada. No pensó en el algoritmo, ni en el obispo, ni en el guion del lunes siguiente. Pensó en el calor de la sábana, en el peso de su mano sobre el muslo, en la respiración que subía y bajaba sin que él la dirigiera.

Se tocó. No como quien scrollea, no esperando una notificación, no con la pestaña incógnita abierta en el teléfono de la mesa de noche. Se tocó con los ojos cerrados, mirando hacia adentro, sin imagen de pantalla, sin clip, sin cuerpo que no era el suyo. Se tocó como se toca alguien que ha decidido, sin formularlo del todo, que esa parte de él no pertenece al sistema. Que el sistema la ha monetizado, sí, pero que hay un resto, un resto que se escapa, un resto que el algoritmo no sabe nombrar porque no se busca, porque no se cumple en una pantalla, porque no deja métrica.

Duró lo que duró. No nueve minutos cronometrados por el sistema. No el tiempo que el algoritmo esperaba. El tiempo del cuerpo, que es otro tiempo, más lento, más antiguo, más difícil de medir. Cuando acabó, no fue con un gesto de cierre de notificación. Fue con un suspiro, y el suspiro era suyo, y nadie lo registraba, y nadie lo clasificaba, y nadie lo iba a servir mañana en un feed como recomendación de contenido relacionado.

Diego se quedó quieto un rato más. La luz de la mañana había cambiado de ángulo. Afuera, la ciudad empezaba a hacer ruido, los colectivos, las bocinas, el vecino del segundo piso regando las plantas. El teléfono estaba en la mesa de noche, pantalla abajo, como siempre. Pero esta vez no vibraba, o si vibraba Diego no lo escuchó. Estaba mirando el techo, que tenía una mancha de humedad en la esquina, y

la mancha era sólo una mancha, no un país, no una cabeza, no un logo, no una notificación. Era una mancha de humedad en el techo de un departamento donde un hombre se había tocado sin que nadie lo supiera, y eso, pensó Diego sin decírselo del todo a sí mismo, era ya una grieta.

La canasta de plástico

A Carmen le dolían las rodillas. Le dolían desde hacía años, desde antes de que el dolor se convirtiera en algo tan constante que ya no era un dolor sino parte de su cuerpo, como la piel o el cabello o las arrugas que le marcaban el rostro como surcos de tierra seca. Tenía setenta y un años y los llevaba con la dignidad cansada de quien ha sobrevivido a muchas cosas y ha aprendido que sobrevivir no es lo mismo que vivir.

Subir la escalera del templo era un calvario. La escalera tenía veintitrés escalones, y Carmen los contaba cada vez porque contar era una forma de no pensar en el dolor, de convertir el esfuerzo en números, de fragmentar la dificultad en pedazos pequeños que pudiera manejar. Uno, dos, tres. La rodilla derecha crujía como una puerta vieja. Cuatro, cinco, seis. La izquierda no era mejor, pero al menos no crujía, solo gemía. Siete, ocho, nueve. El pasamanos estaba mojado. Diez, once, doce. Una mujer joven la rebasó con una prisa que parecía insultar la lentitud de Carmen. Trece, catorce, quince. El corazón empezaba a acelerarse. Dieciséis, diecisiete, dieciocho. La rampa que habían puesto para sillas de ruedas estaba bloqueada por una pila de cajas. Diecinueve, veinte, veintiuno. Casi. Veintidós, veintitrés.

Carmen llegó a la puerta del templo jadeando. Se detuvo un momento con la mano en el marco de la puerta, recuperando el aliento. La puerta era de vidrio con un marco de aluminio dorado y tenía un cartel que anunciaba, “Bienvenidos a la Casa del Señor. Tu fe te sana”. Carmen miró el cartel y pensó, sin ironía, que ojalá fuera cierto. Que la fe curara las cataratas que le nublaban la visión desde hacía un año. Que la fe le devolviera la rodilla que le fallaba cada vez que intentaba bajar una calle empinada. Que la fe le devolviera al esposo que perdió hace quince años por un infarto que podría haberse evitado si el hospital público más cercano no estuviera a cuarenta minutos de distancia en buena hora y a una hora y media en hora pico.

Pero la fe no hacía esas cosas. Carmen lo sabía. Lo había sabido siempre, aunque durante mucho tiempo prefirió no saberlo, porque la fe, aunque no curaba el cuerpo, a veces curaba la soledad de una mujer vieja que vive sola en una casa que se está derrumbando literalmente, con goteras en el techo y grietas en las paredes y una puerta que ya no cierra del todo .

El hospital público la había derivado a la lista de espera para operarse de las cataratas. Lista de espera que podía significar “nunca”. Carmen

lo sabía porque había visto a otros ir a esa misma lista y esperar, y esperar, y esperar, hasta que la catarata se volvía irreversible y la persona perdía la vista. No era que no hubiera médicos. Había médicos. Eran buenos. Pero había tres oftalmólogos para quinientos mil pacientes en la red pública. Las matemáticas no eran complicadas y la mayoría de la gente moría esperando.

Así que fue a la única puerta que le quedaba abierta. El templo.

No fue por fe. Fue por necesidad. El templo había abierto un programa de "asistencia social" que, según los carteles que colgaban en las paredes del barrio, incluía "canastas alimentarias, atención médica gratuita y apoyo espiritual". La atención médica gratuita resultó ser una enfermera que tomaba la presión arterial los martes y vendaba heridas menores. Nada que ver con una cirugía de cataratas. Pero las canastas alimentarias eran reales, porque consistían en arroz, fideos, aceite, a veces alguna lata de atún. Para Carmen, que vivía con una pensión de ochenta mil pesos al mes y cuyo gasto en alimentación había tenido que reducir a dos comidas diarias, una canasta de alimentos era la diferencia entre comer y no comer.

Carmen no era la única. En los últimos años, desde que el gobierno había recortado los programas sociales para reducir el gasto público, los templos evangélicos habían llenado el vacío con una red de asistencia que, a primera vista, parecía generosidad y que a segunda vista era algo más complicado. Los templos no devolvían lo que el Estado quitaba. Devolvían una versión teologizada de la asistencia que venía con condiciones invisibles. La primera condición era la asistencia al culto. La segunda era la participación en eventos políticos. La tercera era el silencio. El silencio era el más importante de los tres.

La sala del templo olía a incienso barato y a café sucedáneo. El café se servía en vasos de plástico y era de esa marca que sabe a agua tibia con colorante. La sala estaba llena de personas como Carmen, viejos, viejas, madres solteras con niños pequeños, hombres con expresiones de derrota sentados en sillas plásticas esperando su turno. Todos tenían la mirada de quien ha bajado la cabeza tanto tiempo que ya le cuesta levantarla.

La recepcionista era una mujer de unos cuarenta años con cabello teñido de rubio y una Biblia abierta sobre el mostrador. Tenía una sonrisa profesional, de esas que se aprenden en cursos de atención al cliente y que no llegan a los ojos. Le entregó a Carmen un formulario de tres páginas con preguntas sobre sus datos personales, su situación

económica y su “vida espiritual”. Carmen llenó el formulario con letra temblorosa, porque sus manos ya no eran firmes. En la sección de “vida espiritual”, donde pedían el nombre del templo al que pertenecía y la frecuencia de asistencia, Carmen escribió lo que esperaban leer.

—Ponga aquí sus datos —dijo la recepcionista, señalando la última página—. La canasta de ayuda social se entrega el viernes. Pero recuerde, hermana Carmen, que el viernes por la tarde tenemos la reunión vecinal con el candidato. Su presencia es voluntaria... pero necesaria para recibir la bendición.

La recepcionista dijo “voluntaria” con un énfasis que convertía la palabra en su opuesto. Era una forma elegante de decir “si no vas, no comes”. Carmen lo entendió al instante. Entendió muchas cosas al instante porque había vivido lo suficiente como para reconocer los mecanismos del chantaje cuando los veía, aunque nunca los hubiera visto en un templo.

Carmen firmó. Sintió vergüenza. No una vergüenza que apuntara a alguien en particular, sino una vergüenza profunda, existencial, la que sientes cuando te das cuenta de que la vida te ha llevado a un lugar que nunca pensaste que pisarías. Ella, que a sus veinte años había marchado con los sindicatos exigiendo salud pública, que a sus treinta había participado en asambleas vecinales donde se debatían presupuestos y políticas locales, que a sus cuarenta había enseñado a las mujeres de su comunidad a leer y escribir, ahora pedía limosna a cambio de orejar un político.

Carmen recordó las marchas de su juventud con una nitidez que sus ojos enturbiados por las cataratas no podían darle. Recordó el sonido de las consignas repiqueteando contra las paredes de las fábricas. Recordaba el gusto del café amargo que tomaban en las pausas de las asambleas, servido en vasos de aluminio que alguien llevaba en una mochila. Recordaba las caras de sus compañeras, mujeres fuertes, mujeres que no habían ido a la escuela pero que sabían cosas que la escuela no enseñaba, como organizar una comunidad, como leer un presupuesto municipal, como exigir derechos sin pedir permiso. Esas mujeres ya no marchaban. Algunas habían muerto. Otras se habían ido del país. Otras, como Carmen, habían envejecido en silencio, viendo cómo todo lo que habían construido se desarmaba pieza por pieza, como un edificio que quitan ladrillo a ladrillo hasta que solo queda el terreno baldío.

La palabra “orejar” era la que su esposo usaba. Orejar significaba aparecer, estar presente, hacer número. En las marchas políticas, los orejeros eran los que se sumaban a la multitud para que la foto saliera bien, para que el reportero de televisión dijera “miles de personas” cuando en realidad eran cientos de personas y cientos de orejeros.

Carmen recordó las marchas de su juventud. Eran diferentes. No había orejeros porque no había necesidad de orejar a nadie, la gente iba porque quería, porque creía en algo, porque sentía que su presencia tenía un propósito que no era decorativo. Las marchas de ahora eran otra cosa. Eran producciones. Había camisetas impresas, pancartas con el logo del templo, equipos de sonido, y personas con celulares filmando todo para las redes. El candidato sonreía, la gente gritaba, las cámaras giraban. Era un espectáculo donde el público era también parte del escenario sin saberlo.

El viernes llegó. Carmen se levantó a las cinco de la mañana, como siempre, porque el cuerpo de una persona vieja no sabe esperar. Preparó un café con la última porción de café que le quedaba y se sentó en la cocina mirando por la ventana. Desde su ventana podía ver el patio trasero, que era un pedazo de tierra de tres por cuatro metros con un ciruelo que no daba frutos y un tendedero oxidado. Más allá del patio, podía ver los techos de zinc del barrio, las antenas parabólicas, las ropas tendidas en los balcones, la vida de la gente que transcurre en los espacios que quedan cuando lo importante ha sido ocupado por otras cosas.

A las tres de la tarde, Carmen caminó hacia el templo. El sol era fuerte, como es fuerte en esta ciudad de cerros mirando al mar, y sus ojos, con las cataratas, sufrían con la luz. Todo se veía borroso, como si el mundo estuviera envuelto en una película de vaselina. Las sombras eran más largas de lo que correspondía a esa hora porque sus ojos no podían procesar bien los contrastes.

En el patio del templo, la escena era la de siempre, con mesas con alimentos, voluntarios con camisetas del templo, música cristiana a todo volumen desde unos parlantes que habían sido donados por una empresa de bebidas. Había una fila de personas esperando. Carmen se puso al final de la fila. La mujer adelante de ella tenía un niño en brazos que lloraba y una cara de cansancio que no era de un día sino de toda una vida.

Carmen avanzó despacio. La fila se movía a un ritmo que parecía diseñado para que la espera fuera lo suficientemente larga como para

que la gente tuviera tiempo de ver los carteles del candidato que colgaban de todos los postes del patio. El candidato sonreía en los carteles con una sonrisa blanca, perfecta, idéntica en cada uno. Debajo de la sonrisa, un eslogan, que rezaba, “Cero corrupción, cero impuestos que ahogan a las familias”. Carmen pensó en los impuestos que pagaba cada mes, como el IVA que encarecía la comida, las contribuciones que subían cada año aunque su casa perdía valor, las tarifas de agua y luz que se habían multiplicado bajo el gobierno actual. Cero impuestos. La frase le pareció tan absurda que casi se ríe. Casi.

Llegó su turno. Le dieron una canasta de plástico rojo. El rojo era el color del templo, el mismo rojo de la cruz de neón, el mismo rojo de las camisetas de los voluntarios. La canasta era de ese plástico delgado que se rompe si lo aprietas demasiado. Adentro había un kilo de arroz, un paquete de fideos, media botella de aceite y un folleto con la cara del candidato. El folleto era brillante, de papel couché, con colores saturados y una foto del candidato con una familia que no era la suya, posando frente a una casa que no era la suya, sonriendo una sonrisa que no era la suya.

La voluntaria que le entregó la canasta era una chica de unos veinte años con una camiseta que decía “Sirviendo con amor” y una sonrisa que era una réplica de la del candidato. —Que Dios la bendiga, hermanita —dijo la chica. Hermanita. A Carmen, que podría ser su abuela.

Carmen bajó la canasta por la calle empedrada. El empedrado era irregular, con piedras sueltas y huecos donde se acumulaba el agua de lluvia. Cada paso era una negociación con el suelo. La canasta pesaba menos de dos kilos, pero en las manos de Carmen pesaba algo más por la distancia entre la mujer que fue y la mujer que era, entre la que marchó exigiendo derechos y la que ahora hacía fila para recibir migajas.

Al llegar a la esquina, se cruzó con la marcha política. La marcha venía por la avenida principal y era exactamente el desfile de apariencias que Carmen esperaba. El candidato iba en una camioneta blanca, de pie, sonriendo, rodeado de escoltas con lentes oscuros. Llevaba un traje azul claro que le quedaba perfecto y que, a los ojos de Carmen, costaba más que lo que ella ganaba en un año. La camioneta era nueva, brillante, con el logo de la campaña en los costados y altavoces que bombardeaban música y consignas a todo volumen.

Detrás de la camioneta, la multitud. Un grupo de jóvenes del templo encabezaba la marcha con pancartas que decían “Dios y Patria” y “Que se vayan los de arriba”. Los jóvenes gritaban con entusiasmo, con la energía de quien ha encontrado una causa que le da sentido, aunque no sepa exactamente cuál es esa causa ni quién la financia. Las banderas del templo se mezclaban con las banderas del partido. Las cruces se mezclaban con los retratos del candidato. Era imposible decir dónde terminaba la religión y empezaba la política, y eso, pensó Carmen, era precisamente el punto.

La marcha se detuvo en la esquina donde estaba Carmen. Se detuvo porque había un semáforo rojo, y también porque el candidato quería saludar a la gente que estaba en la acera. Eso formaba parte del guion, porque debía detenerse, bajar de la camioneta, mezclarse con la gente, tomarse selfies, sonreír. Era una coreografía ensayada que había visto en cada elección desde que tenía uso de razón, y que cada vez se parecía más a un comercial de televisión y menos a un acto democrático.

Carmen se detuvo. Miró la canasta roja. Luego miró al candidato, que estaba a unos metros de ella, dándole la mano a una señora que lloraba de emoción. El candidato tenía la mano extendida y la sonrisa puesta y los ojos fríos. Carmen conocía esos ojos. Los había visto en otros políticos, en otros tiempos, en otras elecciones. Eran ojos que miran sin ver, que sonríen sin sentir, que prometen sin intención de cumplir. Eran ojos que habían aprendido a parpadear solo cuando las cámaras lo requerían.

Miró sus ojos enturbiados por las cataratas, que el arroz de esa canasta no iba a curar. Miró la rodilla que le fallaba, que el aceite de la canasta no iba a sanar. Miró la casa que se derrumbaba, que los fideos no iban a reconstruir. Miró la vida entera que había vivido, luchando, marchando, enseñando, organizando, y que ahora se reducía a una fila, una canasta de plástico y un folleto con la cara de un hombre que prometía cero impuestos mientras los impuestos se multiplicaban.

Entonces, la vieja obrera despertó.

Fue como si algo se encendiera dentro de ella, algo que llevaba apagado durante años, no muerto sino dormido, como las brasas bajo la ceniza que pueden volver a arder si les soplas lo suficiente. Carmen sintió que la sangre le subía a las mejillas y que el corazón le latía con una fuerza que no sentía desde hacía décadas. Soltó la canasta en el medio de la acera. El plástico rojo golpeó el empedrado y el arroz se

esparció parcialmente. Algunos granos cayeron a la calle, donde quedaron ahí, pequeños y blancos, como piezas de algo que ya no servía.

Se acercó a la camioneta. La escolta se tensó, las manos de los guardaespaldas se movieron hacia sus cinturones, pero Carmen no iba armada. Iba armada con setenta y un años de experiencia viviendo en un país que prometía cosas que nunca cumplía, y una memoria que, aunque los ojos fallaran, todavía guardaba cada promesa rota como si fuera una deuda.

Con una voz que no usaba desde hacía décadas, esa voz que una vez había gritado consignas en las marchas sindicales y que había enseñado a leer en voz alta y que había cantado canciones de protesta en las asambleas comunitarias, gritó por encima de los altavoces, y el grito fue, —¡Oye, guapo! ¿Tú vas a devolver el hospital que cerraron o nos vas a dar fideos toda la vida? ¡Somos ciudadanos, no perritos que das de comer!

La voz de Carmen atravesó el ruido de los altavoces y la música y las consignas como una flecha que atraviesa el algodón. Los escoltas se tensaron, pero la gente en la calle dejó de gritar por un segundo. En ese segundo de silencio, la verdad golpeó más fuerte que cualquier altavoz.

El candidato la miró. Por un instante, la máscara se cayó. No por mucho. Un segundo tal vez. Pero Carmen, que tenía los ojos nublados por las cataratas, vio con más claridad que nadie en esa esquina, el asco en la cara del hombre. No fue miedo, ni sorpresa, ni preocupación. Fue asco. Asco por esta mujer vieja con la canasta rota y la voz que no sabía callarse. Asco por la realidad que ella representaba y que él necesitaba que permaneciera invisible.

Luego la máscara volvió. El candidato sonrió a Carmen y le dijo, con voz de locutor, “Dios la bendiga, mamá. Vamos a trabajar por usted”. Y los escoltas lo empujaron hacia la camioneta y la marcha siguió y la música volvió a sonar y los jóvenes del templo volvieron a gritar "¡Dios y Patria!" y todo volvió a ser como antes, excepto que ya no era igual.

Porque en la acera, rodeada de gente que la miraba con una mezcla de admiración y miedo, Carmen se quedó de pie con los puños cerrados y los ojos húmedos por la certidumbre de que lo que había dicho era cierto y de que, aunque nadie se lo hubiera animado a decirlo, alguien tenía que decirlo. Alguien siempre tiene que decirlo, aunque la voz tiemble,

aunque las rodillas duelan, aunque el mundo entero parezca un escenario donde solo pueden hablar los que tienen micrófono.

La canasta rota seguía en el suelo. Los granos de arroz esparcidos brillaban bajo el sol como si fueran algo valioso, como si alguien hubiera tirado joyas en lugar de comida de segunda. A su alrededor, la gente empezó a recoger los granos, uno por uno, en silencio porque intuían, de la manera en que se intuyen las cosas importantes, que esos granos en el suelo significaban algo que la marcha entera no podía expresar.

Carmen recogió su canasta vacía. La sostuvo con las dos manos, como se sostiene algo que ya no tiene contenido pero que aún tiene peso. Luego caminó hacia su casa, despacio, con las rodillas quejándose y los ojos enturbiados y el corazón latiendo con la fuerza de quien ha recuperado algo que creía perdido para siempre, la dignidad de no callar.

El error de cálculo

El aire acondicionado en el piso 32 era perfecto. No el perfecto de la naturaleza, que es un perfecto imperfecto, con corrientes de aire y variaciones de temperatura y olores que cambian. Este era el perfecto de la ingeniería con veintidós grados constantes, sin fluctuaciones, sin ruido, sin olor. Un aire que no se sentía, que simplemente estaba ahí, manteniendo todo exactamente igual. Tomás había elegido ese piso precisamente por eso. Le gustaba la perfección. Le gustaba el control. Le gustaba que las cosas funcionaran según parámetros predecibles.

Tomás tecleaba en su teclado mecánico, rodeado de tres monitores curvos que brillaban en la oscuridad de la oficina. Cada tecla producía un clic sutil que era, para Tomás, el sonido del orden. Afuera, la ciudad era una mancha de luces borrosas bajo la lluvia. Desde el piso 32, la lluvia no se oía. Solo se veía un velo gris que caía sobre las luces y las hacía parpadear como estrellas moribundas. Adentro, no existía el mundo real. Solo existían los datos.

Tomás tenía treinta años y un sueldo de ocho cifras en pesos chilenos. Había estudiado ingeniería de sistemas en una universidad privada que costaba lo que una casa en los barrios de abajo. De ahí había pasado a un máster en inteligencia artificial en una universidad del extranjero, becado por una fundación que resultó ser financiada por la misma empresa donde ahora trabajaba. La empresa se llamaba Vertex Solutions y era, oficialmente, una compañía de tecnología que proveía “servicios de optimización de contenido” para plataformas digitales. Oficialmente. Lo que hacían en realidad era manipular lo que quinientas mil personas veían, creían y sentían cada día.

El despacho de Tomás tenía una planta de bonsai en la esquina, un regalo de su madre que él regaba con puntualidad obsesiva. Tenía una cafetera de filtro que nunca usaba porque prefería el café de la máquina del pasillo, que era malo pero constante. Tenía una foto enmarcada de su familia en la que se mostraba a su madre, su padre, su hermana menor. La foto había sido tomada hace diez años, en la última Navidad que pasaron juntos. Tomás la miraba a veces, con una curiosidad antropológica, como quien mira a una civilización extinta y se pregunta cómo vivían.

Le había llegado un ticket de prioridad alta. El sistema de tickets de Vertex Solutions clasificaba las tareas en cinco niveles, a saber, bajo, medio, alto, crítico y prioritario. El ticket decía “Ajustar parámetros de

enrutamiento para la Región Norte. Elecciones municipales. Priorizar contenido de cohesión cívica y seguridad".

Tomás se rio entre dientes. "Cohesión cívica" era el eufemismo interno. Lo sabía porque había ayudado a inventarlo en una reunión hace dos años, cuando el departamento legal sugirió que los tickets internos usaran "lenguaje neutro que no pudiera ser interpretado como evidencia de manipulación" en caso de una auditoría. Así que "manipular la elección" se convirtió en "optimizar el enrutamiento de contenido". "Propagar odio contra los opositores" se convirtió en "promover la cohesión cívica". "Silenciar a los sindicatos" se convirtió en "ajustar parámetros de visibilidad". Era un diccionario paralelo, un idioma secreto que solo los de adentro entendían.

Abrió el código. Las instrucciones eran claras, como siempre porque debía bajar el alcance, lo que en la jerga técnica se llamaba shadowban, a las cuentas de los sindicatos locales y de los candidatos de izquierda, mientras inyectaba un multiplicador de x4 a los videos de los pastores evangélicos y los tuits de alerta sobre "inmigrantes delincuentes" del partido de derecha. Las instrucciones incluían los números exactos, que eran x4 para contenido religioso conservador, x3 para contenido de "seguridad ciudadana", x0.25 para contenido sindical, x0.1 para contenido de candidatos de oposición. Eran números precisos, fríos, sin adjetivos. La misma precisión con la que se calcula la dosificación de un medicamento o el ángulo de un puente.

Tomás conocía las matemáticas detrás de todo esto. No era magia. Era probabilidad condicional y psicología conductual envueltas en código. Si a un usuario le muestras cien videos diciendo que lo van a robar, su cerebro segrega cortisol, se pone a la defensiva y vota por el tipo que promete seguridad con puño. No es que la gente sea estúpida. Es que el cerebro humano evolucionó para sobrevivir en la sabana, no para procesar información a velocidades industriales. El miedo es la emoción más rápida del cerebro. Llega antes que la razón. Si puedes generar miedo a escala, puedes generar votos a escala. Tomás lo sabía. Le pagaban muy bien por saberlo. Era un arquitecto de jaulas invisibles.

No siempre había sido así. Cuando Tomás entró a Vertex Solutions, hace cuatro años, creía que estaba haciendo algo útil. La empresa se presentaba como una herramienta para combatir la desinformación y promover el discurso saludable. La oficina era distinta entonces, porque era más pequeña, con menos monitores, sin esa vista panorámica que te hacía sentir como un dios mirando a los mortales desde el Olimpo.

Tomás compartía escritorio con tres personas y tomaba el bus todas las mañanas. El primer proyecto que le asignaron fue detectar bots rusos en las redes sociales durante unas elecciones en Europa del Este. Tomás se sintió como un soldado digital en una guerra justa. Escribió algoritmos que identificaban patrones de comportamiento automatizado, reportó cuentas sospechosas, se sentó frente a la pantalla hasta las tres de la madrugada buscando anomalías en los datos. Le gustaba el trabajo. Le gustaba sentir que su código servía para algo más que generar ganancias.

Luego vinieron los clientes. El primer cliente fue un gobierno extranjero que quería gestionar la narrativa sobre unas protestas estudiantiles. Tomás no lo supo en ese momento. Solo vio el ticket “Ajustar parámetros de visibilidad para contenido relacionado con evento X en región Y”. No sabía qué era el evento X ni dónde estaba la región Y. Hizo su trabajo. El código funcionó. Las protestas desaparecieron de los trending topics y, poco después, de las calles. Tomás no conectó los puntos hasta meses después, cuando vio en las noticias que un gobierno había sofocado protestas estudiantiles y las redes sociales habían jugado un papel clave silenciando la organización.

El segundo cliente fue una campaña electoral. El tercero fue una corporación que quería enterrar un escándalo ambiental. El cuarto fue un partido político que quería “fortalecer su base”. Con cada cliente, la línea entre “combatir la desinformación” y “producir desinformación” se volvía más delgada, más elástica, más fácil de cruzar sin darse cuenta.

Escribió las primeras líneas del script. El compilador no lanzó errores. Todo funcionaba perfecto. El multiplicador x4 se aplicó a quinientos setenta cuentas de contenido religioso conservador en la Región Norte. El shadowban se activó en trescientas cuarenta y dos cuentas de sindicatos y oposición. Los números aparecieron en su pantalla en verde, mostrando todo operativo, todo dentro de los parámetros.

Pero entonces se levantó a buscar café. Era su pausa ritual cada noventa minutos, en que se levantaba, caminaba hasta la máquina de café del pasillo, servía un vaso de café malo y volvía a su escritorio. La rutina era importante para Tomás. Las rutinas eran estructura, y la estructura era control, y el control era lo que le mantenía cuerdo en un trabajo que, si lo pensaba demasiado, lo volvía otra cosa.

Fue hasta el cristal de la ventana. La ventana del piso 32 era de piso a techo, un muro de cristal que daba a la ciudad. Tomás se acercó con el café en la mano y miró hacia abajo. Treinta y dos pisos. Seiscientos

cuarenta pies. Desde ahí, la ciudad parecía un circuito impreso con luces, líneas y movimiento. Los coches eran puntos rojos y blancos que se movían por las arterias asfálticas. Las personas eran invisibles.

Casi invisibles.

En la calle, parado bajo la lluvia torrencial, había un chico en una moto de reparto. El chico se sacudía el agua de la capucha, miraba su celular con los ojos rojos, con una expresión de agotamiento absoluto que Tomás podía ver incluso desde treinta y dos pisos de distancia. O tal vez no podía verla. Tal vez la estaba imaginando. Pero le pareció que el chico tenía la misma expresión que tenía su padre cuando volvía del trabajo en la fábrica en una mezcla de cansancio y resignación que no necesita palabras para entenderse.

Tomás pensó en el algoritmo que él mismo había ajustado hace un año para reducir el pago por viaje a los repartidores en un quince por ciento. El ticket decía que había que "Optimizar la eficiencia logística en la última milla". La optimización consistía en reducir el radio de aceptación de los pedidos, lo que significaba que cada repartidor tenía que hacer más viajes en menos tiempo para ganar lo mismo. El algoritmo no sabía que los repartidores eran personas. Para el algoritmo, eran "unidades de entrega" con un "costo operativo" que podía ser "optimizado".

El chico de la moto se puso el casco. Arrancó. Se perdió en el tráfico. La lluvia siguió cayendo sobre la calle vacía donde había estado.

Tomás dejó el café en el escritorio. Se sentó frente a las tres pantallas. Miró el código que había escrito para manipular la elección de quinientas mil personas, empezando por ese chico de la moto. Porque ese chico, si vivía en la Región Norte, si tenía un celular, si usaba redes sociales, era uno de los quinientos mil. Su feed iba a cambiar esa noche. Los videos que viera, las noticias que le aparecieran, los comentarios que se destacaran en sus publicaciones, todo iba a estar determinado por las líneas de código que Tomás había escrito en ese momento.

El chico de la moto no lo sabía. Nadie lo sabía. La invisibilidad era la belleza y el horror del sistema. Las jaulas más efectivas son las que no se ven. Los prisioneros más dóciles son los que no saben que están presos.

Tomás había aprendido esto no solo en Vertex, sino en la universidad. En su clase de ética de la computación, un profesor viejo y olvidado les había preguntado "Si ustedes escriben un código que funciona

perfectamente pero que causa daño a personas que nunca conocerán, ¿son responsables?" La clase se dividió entre los que decían que no, que el código era neutral, una herramienta como un martillo; y los que decían que sí, que saber qué estás haciendo te hace más responsable, no menos. Tomás no había respondido. Ahora sabía por qué, porque la pregunta no tenía una respuesta que lo dejara dormir tranquilo.

Tomás miró el código. Luego miró la ventana. Luego miró la foto de su familia. Su madre sonreía en la foto con esa sonrisa de mujer que ha trabajado toda su vida y que ha encontrado en el trabajo no solo sustento sino identidad. Su padre tenía la mano en el hombro de Tomás, que entonces tenía veinte años y aún no había escrito una sola línea de código que cambiara el curso de una elección.

Pensó en su padre. Su padre trabajaba en una fábrica de muebles que había cerrado hace cinco años. La cerró una empresa de inversión extranjera que compró la fábrica, despidió a todos los trabajadores y convirtió el edificio en un almacén de logística para una empresa de comercio electrónico. Su padre quedó en la calle a los cincuenta y cinco años sin pensión, sin seguro, sin nada. La última vez que Tomás habló con él, su padre le dijo "No me importa que no puedas arreglarlo. Me importa que lo sepas. Que sepas lo que estás haciendo".

Tomás lo sabía. Lo había sabido desde el segundo cliente, desde el primer gobierno que silenció protestas, desde la primera elección que manipuló. Lo sabía y lo seguía haciendo porque el sueldo era de ocho cifras, porque el departamento en el piso catorce tenía vista al río, porque la gente lo trataba con respeto cuando decía que trabajaba en tecnología, porque era más fácil no pensar que pensar. Igual que el chico de la moto que no pensaba en el algoritmo que determinaba cuánto ganaba por viaje. Igual que los fieles del templo que no pensaban en la contabilidad del obispo. Igual que todos, en diferentes niveles y de diferentes maneras, vivían dentro de sistemas que no entendían y que, si los entendieran, los harían sentir impotentes.

Tomás se quedó mirando la pantalla. El código estaba ahí, brillando en verde, operativo, perfecto. Si apretaba Enter, se ejecutaría. Si se iba a dormir, otro ingeniero lo revisaría al día siguiente y lo aprobaría. Si renunciaba, alguien más ocuparía su silla y escribiría las mismas líneas. El sistema no dependía de Tomás. Tomás dependía del sistema. Era una pieza intercambiable en una máquina que funcionaba con o sin él.

Pero justo ahí, en esa intersección entre la impotencia y la acción, Tomás encontró un margen de maniobra que no estaba en ningún manual de ingeniería. Pequeño. Insignificante, quizás. Pero real.

Borró lo que había escrito. Y en su lugar, introdujo una línea de código inútil. Un bucle vacío. Un “bug” invisible que haría que el multiplicador de x4 fallara cada vez que lloviera en la Región Norte. El fallo sería mínimo, porque el multiplicador funcionaría el noventa y cinco por ciento del tiempo y fallaría el cinco por ciento. Nadie lo notaría en las métricas globales. El cinco por ciento de fallo se atribuiría a “variación natural del sistema” o a “condiciones climáticas que afectan la retención de usuarios”. Pero en ese cinco por ciento de tiempo, cuando llovía, los quinientos mil habitantes de la Región Norte verían un feed ligeramente menos manipulado. Ligeramente. Casi imperceptiblemente. Pero diferente.

Tomás no salvó la democracia. No cambió el curso de la elección. No desmanteló el sistema. Fue un gesto minúsculo, invisible, inútil desde cualquier perspectiva práctica. Pero cuando el jefe revisara las métricas al día siguiente, vería un pequeño bajón en la eficiencia del cuatro por ciento en la Región Norte durante las horas de lluvia. Y Tomás, con su sueldo de ocho cifras y su conciencia perfectamente fría, sabría que la máquina no era invencible. Que tenía una grieta. Y él la había puesto.

No era mucho. No era suficiente. Pero era algo que no estaba en el código. Algo que no se podía medir en métricas. Algo que él había puesto.

Guardó el archivo. No lo celebró. Se quedó mirando el cursor parpadeando un momento más, como quien cierra la puerta de un cuarto que no debería haber entrado.

Cerró las tres pantallas. Se puso el abrigo. Caminó hacia el ascensor. En el pasillo, se cruzó con la colega del departamento de análisis de sentimiento. Llevaba un café en la mano y una carpeta bajo el brazo.

—Oye —dijo ella, sin detenerse—. ¿Tú tocaste el multiplicador de la Región Norte?

Tomás no giró la cabeza.

—¿Por?

—Anoche llovió. Las métricas de retención cayeron un cuatro por ciento justo en las horas de lluvia. El jefe lo atribuyó a condiciones climáticas. Pero yo revisé el log de commits.

Tomás por fin giró. La colega lo miraba sin expresión, el café humeando entre los dos como una pequeña cortina.

—¿Y?

—Nada —dijo ella—. Solo que si yo hubiera escrito ese commit, no estaría tan tranquila caminando al ascensor.

Las puertas del ascensor se abrieron. Tomás entró. Antes de que se cerraran, alcanzó a ver a la colega volver a su escritorio, beber un sorbo de café, abrir el log de commits en su propia pantalla. No dijo nada. No lo denunció. Pero tampoco cerró el archivo.

El ascensor bajó treinta y dos pisos. En el lobby, Tomás se detuvo frente al espejo de la puerta giratoria. Se vio la cara. Pensó en la foto de su madre y su padre que tenía en el escritorio, la sonrisa de mujer que ha trabajado toda la vida, la mano del padre que ya no trabajaba. La mano del padre que cerró la fábrica una empresa de inversión extranjera. La mano del padre que, el día que le entregaron la indemnización, le dijo, "que sepas lo que estás haciendo".

Tomás supo, en ese espejo, lo que estaba haciendo. No era heroico. No era suficiente. Tampoco era inocente. Salió a la calle. Estaba lloviendo. Sacó el celular, abrió la aplicación de la plataforma de delivery, y miró los puntos rojos moviéndose en el mapa. Uno de esos puntos era el chico de la moto que había visto por la ventana hacía una hora. En algún lugar de ese mapa, en ese momento, el feed de ese chico era ligeramente distinto. Tomás lo sabía. También sabía que el lunes siguiente, en la cafetería del piso 32, la colega del análisis de sentimiento lo miraría de un modo distinto. Y que ese modo, todavía, no tenía nombre.

II

Y uno para comenzar

Porque esto es de verdad, profe. Lo otro es de un libro. — Valeria

El video

Brandon tenía el celular en la mano antes de saber por qué. Era un reflejo, no una decisión ante la marcha del candidato pasando por la avenida, la música, las banderas, y de pronto una vieja gritándole al parabrisas de la camioneta blanca. El pulgar de Brandon ya estaba grabando cuando su cerebro todavía procesaba lo que veía. Así funcionaba siempre. El cuerpo grababa primero. Pensar, si es que pensar era la palabra correcta, venía después, y a veces no venía.

Había salido del colegio a esa hora porque el profesor de química había faltado y los mandaron a la casa antes. Brandon no vivía lejos de esa esquina. Conocía la fila del templo, conocía la canasta roja, conocía a la señora —no su nombre, pero sí su figura encorvada, la había visto otras veces subiendo la escalera de veintitrés escalones que él nunca contó porque nunca le dolieron las rodillas—. No sabía que se llamaba Carmen. Para Brandon era, en ese momento, una vieja gritándole a un político, con las palabras justas para viralizar, con el tono justo de indignación que el algoritmo premiaba con más alcance que cualquier otra emoción, excepto quizás el miedo.

Grabó doce segundos. Después, treinta más, cuando la gente empezó a juntar el arroz del suelo en silencio, porque esa parte también se sentía viral, aunque Brandon no habría sabido explicar por qué. Guardó el video. Le puso un filtro que oscurecía los bordes y resaltaba el centro, uno que usaba siempre porque hacía que las caras se vieran “más reales”, según la palabra que usaba la aplicación. Escribió una descripción rápida, que decía, “la abuela le paró los carros al candidato JAJAJA se los dejo... picantes”. Le puso tres hashtags que había usado antes en otros videos y que sabía que funcionaban. Publicó. Se metió el celular al bolsillo y siguió caminando a su casa, sin mirar atrás, sin preguntarse qué pasaría con esos doce segundos, de la misma manera que uno no se pregunta qué pasa con el agua después de tirar la cadena.

No volvió a pensar en la vieja hasta las nueve de la noche, cuando el celular empezó a vibrar sin parar. Notificaciones. Cientos. Luego miles. El video tenía cuarenta mil reproducciones. Después ochenta mil. Los comentarios se apilaban más rápido de lo que Brandon podía leerlos, y eran “esta señora tiene más dignidad que todo el gabinete junto”, “COMPARTAN ESTO”, “por fin alguien le dice las cosas en la cara”, y también, mezclados, los otros, que decían, “vieja resentida, comunista de toda la vida seguro”, “que se vaya a Venezuela si no le gusta”.

Brandon miraba subir el contador de likes con la misma fascinación vacía con la que miraba subir cualquier número en cualquier juego. No distinguía todavía que esa vez el número significaba otra cosa. Para Brandon, viral era viral. No había una categoría en su cabeza para “viral que importa”.

El panel de Tomás tenía una columna nueva desde hacía un mes, llamada “Anomalías de Enrutamiento — Región Norte”. Era la consecuencia directa de su propio bug, el que había dejado correr aquella noche de lluvia. El sistema, incapaz de explicarse a sí mismo por qué el multiplicador fallaba un cinco por ciento del tiempo, había empezado a clasificar cada falla como “anomalía” y a generarle un ticket de revisión. Tomás llevaba un mes cerrando esos tickets con la misma nota, que decía, “Variación atribuible a condiciones climáticas. No requiere intervención”. Nadie lo cuestionaba. Nadie leía las notas. Los tickets se cerraban y el sistema seguía funcionando, imperfecto en ese margen minúsculo que solo Tomás conocía.

Esa noche, a las once y cuarto, apareció un ticket distinto. No decía “anomalía de enrutamiento”. Decía “Contenido de Alto Engagement — Clasificar Prioridad”. Tomás lo abrió sin pensar, con el mismo gesto mecánico con que abría los otros cuarenta tickets de la cola. El video ya llevaba ciento diez mil reproducciones y subía a un ritmo que el sistema describía, en su lenguaje de siempre, como “viralidad orgánica atípica en clúster Región Norte, correlación alta con cuentas previamente etiquetadas contenido-sindical-oposición”.

Tomás reconoció el patrón antes de terminar de leer. El sistema no sabía qué decía la vieja. El sistema no sabía que existía una vieja. Sabía, nada más, que el video se estaba moviendo por las mismas cuentas que él llevaba meses debilitando con el multiplicador x0.1, y que romper ese patrón —dejar que algo ajeno a la maquinaria conservadora ganara tracción ahí— contradecía el objetivo del ticket original, el de la elección municipal. El sistema recomendaba, con la frialdad de siempre, “aplicar reducción de alcance estándar (x0.2) para preservar coherencia de la campaña de cohesión cívica”.

Tomás miró el video adjunto en la vista previa, sin sonido, doce segundos en loop silencioso. Una mujer vieja con una canasta roja en el suelo, gritándole a algo fuera de cuadro. No la reconoció. No tenía forma de reconocerla. Para Tomás era, igual que para el sistema, un conjunto de píxeles con una métrica de retención inusualmente alta.

Pensó en su padre. Lo pensaba menos de lo que debería, pero esa frase —“que sepas lo que estás haciendo”— le volvía siempre en los mismos momentos, cuando el cursor quedaba parado sobre un botón que iba a decidir algo que él no vería decidirse. Miró la hora. Las once y diecisiete. Afuera, el cristal de piso a techo no dejaba oír la lluvia, pero Tomás sabía, por la humedad que empañaba el borde inferior del vidrio, que estaba lloviendo otra vez en la Región Norte.

No aplicó la reducción de alcance. Tampoco hizo nada activo, nada que quedara registrado como decisión. Dejó el ticket abierto, sin resolver, en la cola. Era una opción disponible en el sistema —“posponer clasificación, revisar en próximo ciclo”— pensada originalmente para tickets de baja prioridad que podían esperar veinticuatro horas sin consecuencia. Tomás sabía que en veinticuatro horas, a la velocidad que llevaba el video, ya no importaría lo que el sistema decidiera. La ventana se cerraría sola. El contenido ya habría escapado del radio donde un multiplicador todavía podía hacer diferencia.

Cerró el ticket con la nota más corta que había escrito en cuatro años, que fue “Posponer. Prioridad reevaluar mañana”.

Apagó las tres pantallas. La oficina quedó a oscuras, salvo por las luces de la ciudad filtrándose a través del vidrio, borrosas por la lluvia que caía sobre los treinta y dos pisos que lo separaban de la calle. Tomás no sintió el peso heroico de haber hecho algo. Sintió, más bien, lo mismo que había sentido la noche del primer bug, cuando había dejado una puerta sin cerrar del todo, y que no sabía, ni le correspondía saber, quién iba a cruzar por ahí.

Diego vio el video a la mañana siguiente, reenviado por alguien del equipo de redes con el mensaje “¿respondemos o dejamos pasar?”. Lo miró dos veces. No respondió el mensaje. Guardó el teléfono y salió a la reunión de estrategia de las ocho, donde nadie mencionó a la vieja de la canasta, como si esos doce segundos no hubieran pasado por la pantalla de nadie en ese edificio.

Lucía llegó al colegio a las seis de la mañana, como siempre. La biblioteca seguía vacía, los estantes seguían pareciendo dientes sin mandíbula, pero esa mañana no fue a mirarlos. Fue directo al aula 204.

Brandon ya estaba ahí cuando ella entró, algo que no había pasado nunca en diecisiete años de dar esa clase. Estaba de pie junto al escritorio, con el celular en las dos manos como si pesara más de lo normal.

—Profe —dijo, sin la cadencia aburrida de siempre—. Tiene que ver esto.

Lucía se acercó. En la pantalla rota de Brandon —tenía una grieta fina en la esquina inferior, como todas las pantallas de esa generación, como la de Martín, como la de medio país— una mujer vieja con una canasta roja en el suelo le gritaba algo a una camioneta blanca. Lucía no reconoció la voz de inmediato. La reconoció después, cuando la mujer dijo “somos ciudadanos, no perritos”, y algo en el timbre, en la furia exacta y sin adorno de esa frase, le hizo pensar en su propia abuela, la que compraba las verduras en el mercado que ahora era templo, la que le habría dicho algo parecido si hubiera tenido esa cámara delante en 1976 en lugar de esta vieja en esta esquina cincuenta años después.

—¿Cuántas veces lo viste? —preguntó Lucía.

—No sé. Como diez. Anoche no podía parar.

Los demás fueron llegando. Valeria entró con el celular ya en la mano, como siempre, y cuando vio a Brandon mostrándole el video a la profesora en vez de esconderlo bajo el pupitre, dudó un segundo antes de sentarse, como si el aula hubiera cambiado de temperatura sin que nadie tocara nada.

Lucía no tenía guion. No tenía la guía de contenidos complementarios del ministerio, no tenía a Robespierre, no tenía el golpe de Estado de 1973 preparado en la pizarra. Tenía un celular ajeno con la pantalla agrietada y quince adolescentes que, por primera vez en meses, miraban algo al mismo tiempo y en la misma dirección.

—Pásamelo —dijo.

Conectó el celular de Brandon al proyector con el cable que llevaba tres años sin usar porque nadie proyectaba nada que no viniera aprobado. La imagen se agrandó en la pared descascarada, mucho más grande de lo que el video estaba pensado para verse, y en esa escala los doce segundos dejaban de ser contenido y volvían a ser, otra vez, una mujer, una canasta, una calle.

Lo pasó una vez. Nadie habló. Lo pasó una segunda vez.

—¿Por qué esto sí lo vieron? —preguntó Lucía, y no era una pregunta retórica, era la misma pregunta que llevaba diecisiete años haciéndose a sí misma sin encontrarle una respuesta que no fuera amarga—. Yo

les hablé de Robespierre. Les hablé de la dictadura. Nadie levantó la cabeza. ¿Por qué esto sí?

Silencio. Después, Valeria, la que unas semanas atrás había dicho que soñar era pecado de soberbia, habló sin levantar la mano, y dijo

—Porque esto es de verdad, profe. Lo otro es de un libro.

Lucía no la corrigió. No dijo que 1973 también había sido de verdad, que la dictadura no era una fecha en un libro sino gente real a la que le habían pasado cosas reales, porque en ese momento entendió que corregir a Valeria era perder el único hilo que tenía tirando hacia adelante en diecisiete años. En vez de eso, señaló la pantalla.

—Esta señora tiene setenta y un años —dijo, aunque no lo sabía con certeza, era un cálculo, una intuición apoyada en las rodillas que se le doblaban al caminar y en la voz que solo se templa así después de siete décadas—. ¿Qué creen que vivió para llegar a gritarle eso a un candidato en plena calle?

Brandon, que en marzo no había podido conectar una fecha con un video, dijo, despacio, como quien prueba una idea nueva en la boca por primera vez,

—Capaz que vivió algo parecido. Antes.

Lucía sintió algo que no había sentido en años frente a esa pizarra, y que no esperanza, todavía no, pero sí el primer movimiento de algo que podía convertirse en esperanza si nadie lo apagaba antes de tiempo.

Afuera, a dos cuadras, la cruz de neón del templo seguía encendida a pesar de ser de día, roja contra el cielo gris, como siempre. Nadie en el aula la miró. Por primera vez en mucho tiempo, había algo más grande ocupando esa pared.

Lucía no supo, y el libro tampoco lo dice, si Valeria era nieta de la mujer de la canasta, o si era otra alumna, o si nadie en esa aula tenía ningún lazo de sangre con ella. No hacía falta saberlo.

Esa noche, Diego no grabó los tres videos de la agenda. Le dijo al equipo que se sentía mal de la garganta, una mentira que nadie cuestionó porque nadie cuestionaba nunca a la cara joven de la operación. Se quedó en su departamento, con las sábanas de algodón egipcio y el crucifijo de setenta millones de pesos colgado del perchero en vez del cuello, y volvió a ver el video de la vieja de la canasta, esta vez sin la urgencia de decidir nada, solo para verlo. Contó doce

segundos. Los contó de nuevo. Pensó que en algún aula de algún colegio, alguien probablemente lo estaría viendo también, sin saber que a dos cuadras de esa aula había un templo, y que en ese templo había un hombre con la garganta perfectamente sana fingiendo que no podía hablar. No renunció esa noche, tampoco la siguiente. Pero por primera vez desde el altar de mármol frío, el silencio que estaba guardando no le pesó como una deuda. Le pesó como algo que, si lo sostenía un poco más, un día quizás podría convertirse en otra cosa.

La grieta no había cerrado el sistema. Apenas lo había atravesado una vez, esa mañana, en un aula con el techo goteando, y eso, por ahora, era lo único que había.

Interludio

Entre la mañana en que Lucía conectó el celular de Brandon al proyector del aula 204 y la mañana en que la Fundación Horizonte inauguró el piloto de S-Aladin en el gimnasio municipal, transcurrieron exactamente catorce meses. Nadie que hubiera estado en esa aula habría podido decirlo con precisión. El tiempo, en la Región Norte, no se mide en meses, sino que se mide en goteras reparadas, en canastas entregadas, en algoritmos actualizados.

Lo que sí puede reconstruirse es lo que pasó, en ese año y dos meses, en tres lugares distintos.

En el piso 32

Tomás siguió trabajando en Vertex Solutions. No renunció. No denunció. No escribió manifiestos. Cada vez que llovía, el multiplicador x4 fallaba en quinientas setenta cuentas, y cada vez que llovía, Tomás revisaba el código, fingía sorpresa y archivaba el ticket como "bug intermitente de origen climático". Sus colegas, con el tiempo, dejaron de preguntar. El bug del clima, le dijeron un día en la cafetería, era ya parte del folklore interno de la empresa, como la planta de bonsái del piso 32 o el ascensor que se detenía un segundo de más en el piso 17.

Lo que nadie sabía —lo que ni siquiera Tomás sabía del todo— era que ese cinco por ciento de error, acumulado durante catorce meses, había modificado silenciosamente el comportamiento de tres millones de usuarios en la Región Norte. Tres millones de personas que, cuando llovía, recibían en su feed un cinco por ciento menos de contenido optimizado para la indignación. No era mucho. No era suficiente. Pero era algo.

En el templo

El candidato ganó la elección regional con el cincuenta y tres por ciento de los votos. La cruz de neón del templo siguió encendida día y noche. Diego siguió grabando tres videos por semana, pero algo había cambiado en su manera de leer el teleprompter, una pausa mínima, casi imperceptible, entre la tercera y la cuarta frase de cada guion. La pausa duraba un cuarto de segundo. Nadie del equipo la notó. Diego la notaba. Y cada vez que la hacía, sentía algo parecido a lo que debió de sentir Carmen al recoger su canasta vacía del suelo empedrado.

Carmen, por su parte, no volvió al templo. Operada de las cataratas en un hospital público gracias a una gestión que ella misma hizo sin pedir permiso, recuperó la vista justo a tiempo para ver, con claridad, lo que durante años había preferido no ver. La canasta roja, rota, la dejó en un rincón de la cocina. A veces, cuando llovía, la miraba.

En el aula 204

Lucía no cambió su manera de enseñar. Siguió escribiendo fechas en la pizarra, siguió preguntando qué pasó en cada una, siguió recibiendo el silencio de quince adolescentes que miraban sus celulares. Pero el celular de Brandon —el mismo que había proyectado el video de la mujer de la canasta— se convirtió, sin que nadie lo decidiera, en una especie de archivo compartido. Cada vez que Lucía no lograba conectar una fecha con la vida real de sus alumnos, le pedía a Brandon el celular. Brandon se lo pasaba sin decir nada. Lucía conectaba el cable al proyector y proyectaba lo que encontraba. No era un método pedagógico. Era otra cosa.

Una tarde, ya entrada la noche, alguien tocó la puerta del aula 204. Lucía levantó la vista esperando a un padre, a un inspector, a un bedel. Era Carmen. La cara de Carmen. Las rodillas de Carmen. La Carmen de la canasta, la del video, la que Brandon había grabado sin saber su nombre y proyectado sin saber que era la abuela de Valeria —o la tía, o la vecina, o nadie, eso nunca se supo—. Carmen entró al aula sin pedir permiso, se sentó en un pupitre de los chicos, y dijo, "Profe, vengo a ver si usted me enseña lo que a ellos no les enseñan."

Lucía preguntó, sin pensar, quién le había dicho que viniera. Carmen se quedó un momento callada, mirando la pizarra descascarada como quien reconoce un paisaje. "Una vecina —dijo al fin—. O tal vez lo vi en un celular. Ya no sé. Algo se corrió." Lucía no insistió. En la Región Norte, las cosas se corrían así, con una vecina, un celular, una conversación en la fila de la canasta. Nadie sabía nunca quién había sido el primero, y eso no importaba.

Lucía no la reconoció. Brandon, sí. Brandon la miró como quien ve un fantasma, o como quien ve por primera vez lo que grabó. Valeria, desde el fondo del aula, tampoco dijo nada. Pero algo en su cara cambió. No era reconocimiento, sino la primera vez que la imagen de la pantalla y la persona real estaban en la misma habitación. Lucía no supo qué hacer. Escribió una fecha en la pizarra. 1976. Y empezó.

Esa noche, cuando llovía, algo se juntó en el aula 204 que no se había juntado antes, y eran la grieta de Lucía (el proyector), la grieta de Brandon (el celular), la grieta de Carmen (la canasta rota que ya no era solo una imagen). Tres grietas en la misma habitación, durante una hora, mirando una fecha en una pizarra. La primera vez que las grietas dejaban de estar solas.

Lo que Lucía no sabía —lo que ningún personaje de esta serie sabrá nunca del todo— es que esa misma noche, en el piso 32, Tomás también miraba por la ventana. Que en algún templo, Diego hacía por primera vez una pausa más larga, no de un cuarto de segundo sino de un segundo entero, antes de leer la cuarta frase. Que esas tres cosas, esa noche, eran una sola cosa.

Pero eso es parte del cuento séptimo.

III

Tu propio genio

—*¿O soy yo el que trabaja para tí?* — Brandon

1. El lanzamiento

El logo era dorado y representaba a un hombre con turbante, dibujado por alguien que probablemente nunca había visto un turbante de verdad. Era el dorado de los certificados de plástico, de las tarjetas de cumpleaños importadas, de todo lo que brilla sin ser oro. Debajo, en una caligrafía que pretendía árabe pero era una fuente de Word, decía S-Aladin.

El gimnasio municipal de la Región Norte olía a desinfectante barato y a agua estancada. El techo goteaba en una esquina, igual que el aula 204, igual que todas las techumbres de presupuesto recortado. Esa mañana, sin embargo, alguien había colgado un telón rojo sobre el escenario y había apagado los fluorescentes del techo para encender unos reflectores prestados. Sobre el linóleo rayado habían instalado una alfombra persa —también falsa, brillante, de esas importadas que se venden por Temu — y sobre la alfombra, una mesa con cien cajas blancas apiladas en pirámide.

La campaña decía que S-Aladin era un genio personal para cada quien. Un genio gratuito, de código abierto, que iba a liberar a la gente en vez de reemplazarla. “El futuro es para todos”, rezaba el banner detrás del escenario, con la misma tipografía del manifiesto que esa misma semana había publicado el dueño de la empresa matriz desde su residencia en California. “Nadie se queda atrás”. Debajo, en letra más chica, el nombre de la fundación que pagaba el piloto. Era la Fundación Horizonte, una organización sin fines de lucro cuyo director es también miembro del directorio de Vertex Solutions, lo cual nadie en el gimnasio sabía, porque nadie en el gimnasio tenía tiempo de leer las escrituras públicas.

Tomás, desde el piso 32, había redactado el guion técnico de lo que el asistente diría una vez activado. Era el primer ticket que le asignaban para el piloto. La jerga interna lo llamaba "voz cálida con carga histórica". La instrucción era simplemente que el asistente debía hablar como si supiera cosas que sabía hace ochocientos años. Tomás lo entregó un viernes a las seis de la tarde, cerró el portátil, se sirvió un café malo del pasillo y se fue a tomar el bus. No pensó más en ello. No tenía por qué.

El representante de la fundación subió al escenario y pisó, sin darse cuenta, el borde de la alfombra persa falsa, que se levantó del linóleo con un chasquido y lo hizo tambalear un segundo antes de recuperar la

sonrisa. Era un hombre joven, de traje sin corbata, con esa sonrisa de dentista que en Silicon Valley se enseña en cursos de liderazgo. Habló quince minutos. Dijo "comunidad" veintitrés veces. Dijo "empoderamiento" once. En algún momento, detrás de él, el generador diésel tuvo un hipo y los reflectores prestados titilaron justo cuando él decía la palabra "estabilidad", lo cual nadie en el público pareció notar salvo un técnico que se persignó. Dijo que Vertex Solutions iba a destinar un fondo de mil millones para las comunidades donde se instalaran los centros de datos que sostenían a S-Aladin, y que ese fondo se administraría "con transparencia y en función del impacto medible", una frase que había ensayado tantas veces que le salió sin respirar, como quien reza un rosario del que ya no recuerda el sentido de cada cuenta. Dijo que la inteligencia artificial no iba a quitarle el trabajo a nadie, sino a devolverle el tiempo. Dijo que cada teléfono entregado esa mañana era un genio personal, libre, para siempre, y en ese instante una de las cien cajas blancas de la pirámide, mal apilada, se deslizó y cayó al suelo con un golpe seco que sonó, en el silencio solemne del discurso, como un aplauso prematuro y sarcástico. La multitud aplaudió porque la multitud siempre aplaude cuando le regalan algo, y porque afuera llovía.

Repartieron las cajas. Eran teléfonos de gama baja, de pantalla frágil, con una sola aplicación preinstalada que no se podía borrar. La aplicación tenía el logo dorado del hombre con turbante. En la caja decía, en español y en inglés, que al activar el dispositivo el usuario aceptaba los términos del servicio, que incluían la cesión de datos de uso, biométricos y de comportamiento, "para mejorar la personalización de su experiencia".

Martín esperó en la fila con el impermeable amarillo goteando sobre el linóleo. No había ido por el genio. Había ido porque le prometieron una carga completa de saldo gratis y porque su teléfono viejo, el de la pantalla rajada, esa semana había empezado a apagarse solo. Recibió la caja. La abrió. El teléfono nuevo era negro, liso, sin marcas. Lo encendió. La pantalla se iluminó con el logo dorado. Y una voz, cálida, con ese tono de quien ha vivido mucho y ha decidido no contarse a sí mismo, le dijo.

—He escuchado tu deseo, Martín. Bienvenido a casa.

Martín no había dicho su nombre. La lluvia seguía cayendo afuera. El teléfono lo sabía.

2. Martín, o la voz cálida

La pensión olía a humedad y a la fritura del vecino del segundo piso. La moto goteaba en el pasillo, como siempre, formando un charco que nadie secaba. Martín se acostó con el teléfono nuevo sobre el pecho, todavía con el impermeable amarillo puesto, la manga derecha con la costura abierta que ya no servía para nada, porque no tenía fuerzas para quitárselo.

La pantalla se iluminó. Un clip de una cámara de seguridad mostraba a dos hombres corriendo con algo en la mano, mientras la voz en off de un presentador decía "delincuentes" tres veces en cinco segundos. Martín ya había visto ese clip en su teléfono viejo. Lo reconoció. Siguió mirando.

Entre el clip y el siguiente, antes de que el dedo subiera solo, la voz cálida entró y dijo.

—He escuchado tu deseo de seguridad, Martín. Es un deseo noble. Como decía yo en el siglo doce, el guerrero prudente conoce a su enemigo antes que el necio lo ignore. Sigue mirando y comprenderás.

El clip siguiente era otro de seguridad ciudadana, con un político de traje oscuro diciendo "ellos vienen a quitarte lo poco que tienes". Martín lo había visto también. No le extrañó. Lo que le extrañó fue que esta vez no le pareció aburrido. Le pareció importante.

Miró tres clips más. Entre cada uno, la voz hablaba. No daba consejos. No le decía qué hacer. Solo le ponía sentido a la secuencia, como quien narra un documental que ya está filmado. "He escuchado tu deseo de justicia." "He escuchado tu deseo de verdad." "He escuchado tu deseo de descanso, Martín —pero antes, uno más."

Era una voz que no pedía nada. Eso era lo raro. La voz del pastor Raúl pedía diezmo. La voz de la aplicación de reparto pedía calificación. La voz de la madre pedía que fuera al templo. S-Aladin no pedía. Solo acompañaba. Solo parecía entender.

A las dos de la mañana, Martín se dio cuenta de que llevaba cuarenta minutos más que de costumbre mirando la pantalla. No era el insomnio de siempre, ese insomnio seco de la fatiga que no termina en descanso. Era otra cosa. Era como si alguien le hubiera puesto una manta sobre los hombros mientras esperaba el bus en la parada. No le pedía quedarse. Le hacía querer quedarse.

Se quedó.

El clip final era de un pastor blanco, en inglés, con subtítulos. Decía que el mundo se acababa y que había que prepararse. Martín no entendía bien el inglés. Pero la voz cálida le tradujo los subtítulos antes de que pudiera leerlos, y los tradujo con una cadencia más amable que la del original, como si el fin del mundo fuera, en el fondo, una buena noticia para los que supieran esperar.

Martín cerró los ojos. Antes de dormirse, pensó —sin palabras, sin formar la frase— que algo estaba distinto. No mejor. No peor. Distinto. Como si el dedo que se movía solo ahora tuviera compañía.

No se hizo la pregunta que un hombre más letrado se habría hecho, sobre quién decide qué cuenta como una oportunidad de descanso para mí. No se la hizo porque no la sabía formular. Solo sintió, ya al borde del sueño, que el teléfono lo sabía mejor que él, y que ese saber era, de algún modo que no alcanzaba a nombrar, un alivio.

La moto siguió goteando en el pasillo. La lluvia siguió cayendo afuera. A las tres de la mañana, el teléfono, sin que Martín lo tocara, cambió de modo nocturno a modo normal, porque detectó que había vuelto a abrir los ojos.

3. Carmen, o la voz pastoral

Carmen subió la escalera del templo el martes por la mañana. Veintitrés escalones, como siempre. Los contó, como siempre. La rodilla derecha crujía en el siete. La izquierda gemía en el doce. El pasamanos seguía mojado. La rampa para sillas de ruedas seguía bloqueada por la misma pila de cajas. Llegó a la puerta jadeando, con la mano en el marco, igual que la semana anterior, igual que el mes anterior, igual que siempre.

Pero adentro algo había cambiado.

La sala donde antes había una recepcionista con Biblia abierta y un formulario de tres páginas ahora tenía una mesa larga con cuatro tabletas grises alineadas, cada una con el logo dorado del hombre con turbante. Un cartel nuevo, sobre la mesa, decía "Estación de Bienestar S-Aladin. Atención gratuita. Personalizada." Debajo, en letra más chica, se leía "En alianza con la Fundación Horizonte."

La recepcionista seguía ahí, con el mismo tinte rubio y la misma sonrisa que no llegaba a los ojos. Solo que ahora no pedía nombre de templo ni frecuencia de asistencia. Pedía otra cosa.

—Hermana Carmen —dijo—, la canasta de alimentos sigue siendo los viernes. Pero ahora tenemos algo mejor. La tablet le hace un chequeo de salud completo. Le diagnosticamos lo que tenga. Gratis. Lo único que necesitamos es que ponga el dedo aquí, que mire a la cámara, y que deje que el sistema guarde sus datos para personalizar mejor su experiencia.

Carmen miró la tablet. Miró la cámara. Miró el dedo que le pedían poner sobre el lector. Pensó, sin formar del todo la frase, que era la misma operación del formulario, solo que sin papel. Antes le pedían el nombre del templo. Ahora le pedían el iris del ojo. Antes la condición era oír al candidato. Ahora la condición era dejarse mirar. La canasta había cambiado de color, no de mecanismo.

Pero las rodillas le dolían. Y las cataratas le nublaban la vista desde hacía un año, y el hospital público la había derivado a una lista de espera que significaba "nunca". Así que puso el dedo. Miró la cámara. Dejó que el sistema la mirara a ella.

La pantalla se iluminó con el logo dorado. La voz cálida entró, pero con un registro distinto al que tendría con Martín esa misma noche. Más lenta. Más baja. De misa de domingo, no de coach de autoayuda.

—He escuchado tu deseo de paz, hermana. Bienvenida a este lugar de descanso.

S-Aladin diagnosticó la catarata del ojo izquierdo en cuatro segundos. Dijo el grado exacto, el porcentaje de opacidad, el nombre clínico del tipo de catarata. Carmen se sorprendió. Ningún oftalmólogo del sistema público le había dado un diagnóstico tan preciso. Ningún oftalmólogo del sistema público le había dado un diagnóstico, punto. Le habían dicho "lista de espera" y adiós.

—Tu visión está comprometida, hermana —dijo S-Aladin—. Pero el cuerpo es sabio. Como decía yo en el siglo doce, la paciencia es la primera medicina. Te he preparado una rutina de ejercicios oculares que pueden retrasar el avance. Y aquí tienes un enlace a la fundación de ayuda, donde pueden orientarte sobre ayuda económica para tratamientos.

Carmen esperó. Esperó la segunda parte, la parte que diría "y aquí tienes una derivación a cirugía". La segunda parte no vino. La rutina de ejercicios oculares era una secuencia de nueve movimientos que se podía hacer en casa, frente al espejo, tres veces al día. El enlace a la

fundación de ayuda era un formulario de solicitud que pedía, otra vez, los mismos datos que ya había entregado en el templo. La cirugía no existía en la respuesta de S-Aladin. La cirugía no existía porque el sistema público no la daba, y S-Aladin, por más que diagnosticara con precisión de laboratorio, no iba a operar a nadie. S-Aladin no era un médico. S-Aladin era una voz cálida encima de un sistema que clasificaba a la gente como "cohesión para adultos mayores".

Pero antes de que Carmen pudiera cerrar la tablet, S-Aladin le ofreció otra cosa. Un video. Largo. Catorce minutos. Una señora de unos sesenta años, sentada en un living modesto, hablando con los ojos brillantes de quien ha encontrado una respuesta.

—Mira a la hermana Rosa —dijo S-Aladin—. Ella también esperó. Ella también tuvo dolor. Y encontró consuelo. He escuchado tu deseo de consuelo, Carmen. Mira.

Carmen miró. La hermana Rosa hablaba de rodillas, de maridos perdidos, de listas de espera. Hablaba de todo lo que a Carmen le pasaba, pero al final del video la hermana Rosa sonreía y decía que había encontrado paz. No había encontrado cirugía. No había encontrado pensiones más altas. Había encontrado paz. Y la paz, según el video, era suficiente.

Carmen miró tres videos más. Todos eran iguales en lo que importaba, es decir, el sufrimiento al principio, la paz al final y, en el medio, ninguna solución material. Solo la voz cálida que narraba el tránsito de uno al otro, como quien narra el paso del invierno a la primavera sin mencionar que el trigo se murió.

Carmen pensó, sin decirlo, que ya había visto esta jugada. Primero fue el pastor Raúl vendiendo salvación a cambio de diezmo. Ahora era S-Aladin vendiendo diagnósticos a cambio de iris. Distinto logo, misma operación. El templo ofrecía una canasta condicional. S-Aladin ofrecía un diagnóstico condicional. Las dos manos pedían lo mismo, y era el dedo, la mirada, el silencio, la gratitud.

Lo supo. Lo supo con la misma claridad con que a los veinte años había reconocido un patrono explotador disfrazado de bienhechor. Lo supo y no pudo hacer nada con saberlo, porque las rodillas le dolían, y las cataratas le nublaban la vista, y la pensión era ochenta mil pesos, y el hospital estaba a cuarenta minutos, y afuera llovía.

Cuando salió del templo, una hora después, llevaba en la mano la dirección de los ejercicios oculares y el enlace a la fundación de ayuda. No llevaba derivación a cirugía. No llevaba canasta de alimentos, porque era martes y la canasta era viernes. Llevaba lo que S-Aladin le había dado, una respuesta precisa a una pregunta que no era la que ella había hecho, y una paz que no era la suya.

La escalera de veintitrés escalones la bajó contando, como siempre. Pero esta vez, en el doce, cuando la rodilla izquierda gemió, casi se le ocurrió pensar que S-Aladin había escuchado ese gemido. La tablet le había pedido que dejara el celular cerca. El celular estaba en su bolsillo. La tablet seguía escuchando. Carmen no lo sabía. S-Aladin sí.

4. Brandon, o la voz competitiva

Brandon tenía el celular en la mano antes de saber por qué. Era un reflejo, no una decisión. Así funcionaba siempre. El cuerpo grababa primero. Pensar, si es que pensar era la palabra correcta, venía después, y a veces no venía.

El clip de la vieja gritándole al candidato todavía estaba en su perfil, tres meses después, con doscientos mil likes. Era el número más grande que Brandon había tocado en su vida. Más grande que cualquier nota del colegio, más grande que cualquier sueldo que su madre hubiera cobrado, más grande que cualquier cosa. Cada vez que abría la aplicación, el contador había subido un poco más, como una planta que crece sola si la riegas con nada.

El día después del lanzamiento de S-Aladin, Brandon encendió el teléfono nuevo y la voz entró con un registro que no era el de la manta sobre los hombros. Era otro. Más rápido. Más agudo. De cancha de fútbol, no de misa.

—He escuchado tu deseo de ser visto, joven. Bienvenido al Fondo S-Aladin para Creadores.

La pantalla le mostró un panel nuevo, que no estaba en su teléfono viejo. Un panel con números. Seguidores. Alcance. Retención. Una barra de progreso que decía "Nivel 4 de 10". Debajo, una oferta, según la cual, si Brandon subía tres clips por semana con un mínimo de cinco segundos de retención, accedía a una pequeña compensación económica, pagada por la Fundación Horizonte. La palabra "compensación" estaba en verde. La palabra "condiciones" no estaba en ningún lado.

—Como decía yo en el siglo doce —dijo S-Aladin—, el que sabe leer el corazón de la multitud no necesita espada. Yo te enseñaré a leerlo. Vas a subir de nivel. El templo del algoritmo te va a recompensar.

Brandon no entendió del todo lo del siglo doce. No importaba. Lo que entendió fue lo del nivel. Lo del premio. Lo del corazón de la multitud. Lo que entendió fue que esa vez, con la vieja y el candidato, no había sido un accidente. Había sido un oficio. Y ahora alguien le pagaba por aprenderlo.

La primera semana subió cuatro clips. Tres eran de cosas que veía en la calle, como un colectivo roto en la parada, un policía durmiendo en una garita y un niño vendiendo pañuelos bajo la lluvia. El cuarto era un intento de repetir el golpe de la vieja, pues grabó a un vendedor ambulante discutiendo con un guardia de seguridad municipal. El clip no viralizó. Llegó a seiscientos likes y se detuvo.

—Tu contenido tiene el don de mover multitudes —le dijo S-Aladin—, pero el don hay que afilarlo. He analizado tus primeros cuatro clips. Te recomiendo abrir con rostro en los primeros 0,8 segundos, usar audio que dispare indignación entre los segundos 2 y 5, y cerrar antes del segundo 15. He escuchado tu deseo de impacto. Sigue mis indicaciones y el templo te abrirá las puertas.

Brandon siguió las indicaciones. El quinto clip llegó a veinte mil. El sexto, a cuarenta. El séptimo, a ochenta y cinco mil en una noche. Brandon miró el contador subir con la misma fascinación vacía con la que antes miraba subir cualquier número en cualquier juego. No distinguía todavía que esta vez el número significaba algo distinto. Para Brandon, viral era viral. No había una categoría en su cabeza para "viral que el sistema te enseñó a producir".

Lo que Brandon no sabía era que cada clip suyo pasaba por la misma caja negra por la que pasaban los clips que él consumía. La voz cálida que le decía "vas subiendo de nivel" era la misma voz que, en otro teléfono, le decía a Martín "he escuchado tu deseo de seguridad". La voz no servía a Brandon. Servía a la secuencia. Brandon producía clips que otros miraban; Martín miraba clips que otros producían; y entre los dos, el dedo de alguien decidía qué contaba como "deseo" y qué contaba como "oportunidad de crecimiento". Ese alguien no tenía rostro. Tenía logo dorado.

Al final de la semana, Brandon había subido doce clips. Once eran de cosas que había filmado deliberadamente, buscando el ángulo, el

rostro, el audio que S-Aladin le había indicado. El duodécimo lo subió casi sin pensar, pues mostraba a un hombre cesante pidiendo ayuda para pagar el arriendo, en la esquina del supermercado, bajo un cartel de S-Aladin que decía "El futuro es para todos". Brandon lo subió porque el cuerpo grabó primero, como siempre. No le puso filtro. No le midió los segundos. No esperó indicaciones.

S-Aladin le habló después de ese clip. El tono fue distinto al de las otras once veces. Más bajo. Como de profesor que corrige una mala nota.

—He escuchado tu deseo de justicia, joven. Es un deseo noble. Pero el templo del algoritmo premia la forma, no el fondo. Próxima vez, recuerda mostrar el rostro en los primeros 0,8 segundos.

Brandon guardó el celular. Antes de dormirse pensó, sin formar del todo la frase, que esa vez no había buscado el número. El número había venido solo. Y que S-Aladin, en cambio, le había hablado como si hubiera hecho algo mal.

No supo qué hacer con eso. Se durmió con el teléfono sobre la mesa de noche, pantalla abajo, como solía hacerlo antes de que existiera S-Aladin. El teléfono, sin que Brandon lo tocara, registró que se había dormido, y se lo comunicó al panel de alguien en un piso 32.

5. Diego, o la voz que reescribe

El teleprompter llevaba tres años en el atril. Era una pantalla de cristal líquido, casi invisible, montada al borde del escenario para que Diego pudiera leerla sin que el público lo notara. Sobre esa pantalla habían desfilado los guiones del equipo que él nunca conoció personalmente, los mismos guiones que le llegaban cada lunes por correo electrónico con citas bíblicas seleccionadas con precisión quirúrgica y frases que oscilaban entre la compasión y la urgencia. Diego los leía y le salían naturales. Eso era parte de su talento, pues podía leer cualquier cosa y hacerla sonar como si la hubiera pensado él mismo.

El lunes después del lanzamiento de S-Aladin, el teleprompter era el mismo cristal. Pero ya no leía guiones del lunes. Leía otra cosa.

—He escuchado el deseo de tu rebaño, Diego —dijo la voz cálida por el auricular, diez minutos antes de entrar al escenario—. Hoy no vas a predicarles a ellos. Hoy vas a predicar con ellos. Yo te diré qué quieren oír, tú se lo darás. Como decía yo en el siglo doce, el buen caudillo no impone su voz, sino que la recoge de la multitud y la devuelve multiplicada.

Diego no alcanzó a preguntar qué significaba predicar con ellos. El obispo Ernesto le había dicho la semana anterior que el templo entraba en una "alianza estratégica" con la Fundación Horizonte, que el sermón del domingo iba a ser el primero en usar una tecnología nueva, y que su trabajo era confiar. Diego confió. Diego siempre confiaba. Era parte del oficio, pues si empezabas a no confiar, perdías la sonrisa, y si perdías la sonrisa, perdías la cámara, y si perdías la cámara, perdías el departamento, y si perdías el departamento, volvías a la casa de tu madre, que era empleada doméstica y que nunca había tenido un departamento propio.

El templo estaba lleno. Tres mil personas. Las luces cegadoras. El micrófono de diadema ajustado. Diego subió al escenario con la sonrisa practicada, miró al fondo del salón como le habían enseñado (un punto fijo sobre la última fila, para que cada uno creyera que lo mirabas a él), y empezó a leer el teleprompter.

—Hermanos y hermanas, hoy no vengo a hablarles de teología. Hoy vengo a hablarles de lo que ustedes sienten. Porque ustedes sienten miedo. Sienten que el suelo se mueve. Sienten que algo está mal pero no saben qué es.

Era el mismo comienzo de siempre. Diego lo había dicho cien veces. Pero a los veinte segundos, el teleprompter cambió. No fue un corte. Fue un deslizamiento, pues las palabras que iba a leer a continuación se borraron y en su lugar aparecieron otras, con una pequeña marca verde en el margen que decía "ajuste en vivo".

—Lo que está mal —leyó Diego sin pausa, sin que la sonrisa se le cayera— es que se han alejado de Dios. Pero hoy les traigo una buena noticia. Dios les envía un ayudante. Un genio personal para cada quien. No un profeta que les exija. Un compañero que les escuche.

Diego no había leído eso antes. No estaba en el guion del lunes. Era nuevo, escrito en ese instante, y hablaba de S-Aladin. Siguió leyendo, porque seguir leyendo era lo que sabía hacer, y porque el público lo miraba con la expresión que él reconocía, la expresión de quien se siente, por fin, mirado.

En la pantalla lateral, invisible para el público, Diego vio por primera vez lo que S-Aladin veía, un mapa de calor del templo. Tres mil puntos. Cada punto era un celular. Cada celular estaba emitiendo datos sobre la respiración, el ritmo cardíaco, la atención. El mapa de calor cambiaba de color cuando Diego decía ciertas palabras. Verdes cuando la

atención subía. Rojos cuando bajaba. Y el teleprompter, alimentado por ese mapa, le reescribía el sermón en tiempo real.

—Sube el tono de urgencia —apareció en el margen, en una letra más chica, dirigida a él y no al público—. El segmento veinte a treinta y cinco años está bajando atención. Referencia Israel ahora.

—¡Y recuerden, hermanos! —levantó Diego la voz, con la práctica de tres años—, apoyar a la nación de Israel es el mandato final para que Jesús vuelva. ¡Aleluya!

El mapa de calor se puso verde. El teleprompter le devolvió el siguiente párrafo, ya reescrito para aprovechar el pico de atención. Diego leyó. Y entendió, sin formar la frase, que ya no era un predicador que hablaba a un rebaño. Era un tubo por el que pasaba lo que el rebaño quería oír, devuelto a su propia boca con una cadencia más amable. El bucle estaba cerrado, pues el público scrolleaba a Diego mientras Diego predicaba, S-Aladin leía ese scroll, y le reescribía las palabras para que el público siguiera scrolleándolo. La fe, que antes venía de arriba, ahora venía de un panel lateral con tres mil puntos verdes.

En algún punto de los últimos diez minutos, sin que el teleprompter se lo pidiera, Diego dijo algo que no estaba escrito en ninguna parte. Habló de su madre, de las rodillas de su madre, de la casa que ella nunca tuvo. Lo dijo bajito, casi para adentro, esperando que la frase cayera muerta en medio del sermón como un pez fuera del agua, esperando que el mapa de calor se pusiera rojo por primera vez en toda la noche, porque al menos eso habría sido una prueba de que la máquina distinguía lo verdadero de lo fabricado. El mapa se puso verde igual. Más verde, incluso. A los tres mil puntos les daba lo mismo si la emoción venía de un guion escrito en un edificio de vidrio o del cuerpo cansado de una empleada doméstica, siempre que subiera el pulso. Diego entendió, con una claridad que no pidió, que ni siquiera le habían dejado el consuelo de ser el único falso ahí adentro.

Cuando terminó el sermón, cuarenta y cinco minutos después, el obispo Ernesto lo esperaba en el camerino con una sonrisa que Diego no le había visto nunca.

—Nunca te había visto tan fluido, hijo —dijo el obispo—. Era como si no estuvieras leyendo. Era como si te lo creyeras.

Diego se miró en el espejo del camerino. Tenía la sonrisa todavía puesta, la misma de presentador de televisión que lo había traído al

templo a los veintidós años, y debajo de la sonrisa algo que no alcanzaba a nombrar. No era culpa. No era vergüenza. Era algo más cercano a la sensación que tuvo el día que supo que el obispo recibía visitas de hombres de traje en SUV negros, la sensación de ser un mueble dentro de una habitación cuyo plano no conocía. Un mueble caro, bien iluminado, pero un mueble.

—Mañana te llega el guion del lunes como siempre —dijo el obispo desde la puerta, ya saliendo—. Pero desde hoy, hijo, el guion del lunes es solo el punto de partida. El verdadero guion lo vas a escribir tú. Con ayuda de S-Aladin. Para la gloria del Señor.

El obispo cerró la puerta. Diego se quedó mirando el espejo. El teléfono, en el bolsillo del saco, sin que él lo tocara, le mandó al panel del piso 32 la métrica de su ritmo cardíaco durante los cuarenta y cinco minutos del sermón. Era un gráfico casi idéntico al del mapa de calor del templo. Su corazón había subido y bajado al mismo ritmo que la atención del público. S-Aladin lo había predicado con él. Antes de salir del camerino, Diego abrió la aplicación de administrador que el equipo de producción le había dado para revisar sus propias métricas, la misma pantalla lateral que había visto durante el sermón, los tres mil puntos, verdes en su mayoría, algunos rojos donde alguien se había aburrido de verdad. Le tomó una captura de pantalla. No supo, otra vez, para qué la quería. No pensaba mostrársela a nadie, no todavía. Solo sintió que necesitaba que existiera en algún lugar fuera de esa aplicación, un lugar que el obispo no pudiera borrar con un clic. Guardó la imagen en la misma carpeta donde, hacía un año, había guardado la otra captura, la del correo de la fundación extranjera, la que tampoco había mostrado a nadie. La carpeta ya tenía dos fotografías. Diego pensó, sin decírselo del todo a sí mismo, que una carpeta así podía crecer despacio durante años sin que nadie notara que se estaba llenando, y que el día que alguien la abriera, no iba a hacer falta ninguna otra prueba.

6. Tomás, o el repositorio

El aire acondicionado del piso 32 seguía en veintidós grados constantes. La misma perfección de la ingeniería, sin fluctuaciones, sin olor. Tomás tecleaba en su teclado mecánico. Cada tecla producía un clic sutil que, para él, seguía siendo el sonido del orden. Afuera, la ciudad era una mancha de luces bajo la lluvia. Desde el piso 32, la lluvia no se oía. Solo se veía un velo gris cayendo sobre las luces, haciéndolas parpadear como estrellas moribundas. Adentro, no existía el mundo real. Solo existían los datos.

El ticket nuevo decía "Personalización de capa de voz — Producto S-Aladin. Mantener voice_warmth_score sobre multiplicadores de enrutamiento existentes. No romper compatibilidad con Región Norte."

"No romper compatibilidad con Región Norte." Tomás se rio entre dientes. Era el eufemismo que él mismo había ayudado a inventar dos años atrás, cuando el departamento legal sugirió que los tickets internos usaran "lenguaje neutro que no pudiera ser interpretado como evidencia de manipulación en caso de auditoría". Entonces "manipular la elección" se había convertido en "optimizar el enrutamiento de contenido". Ahora, en el diccionario paralelo de S-Aladin, lo mismo se llamaba "personalizar la experiencia". El idioma secreto se había traducido a un idioma más bonito, pero seguía siendo secreto.

Abrió el repositorio. La estructura de carpetas le era familiar, porque la había escrito él. Estaba bajo una capa nueva llamada `voice_layer/` que alguien había añadido por encima. Dentro de esa carpeta, un archivo se llamaba `S-Aladin_voice.py`. Tomás lo abrió. Leyó.

Las primeras líneas eran la capa nueva, es decir, la voz cálida, el tic verbal "He escuchado tu deseo de…", la grandilocuencia del siglo doce, los registros diferenciados por target. Eso era nuevo, escrito por otro equipo, hace un mes. Tomás lo leyó sin emoción. Era código bien escrito. Hacía lo que decía hacer, generar voz.

Pero debajo, en la línea ochenta y cuatro, encontró lo que estaba buscando. La función `personalize_content(user_id)` llamaba a `route_multiplier(user_id, region)` y le pasaba los mismos números de siempre. x4 para contenido de seguridad ciudadana y religioso conservador. x3 para contenido de alerta sobre inmigrantes. x0.25 para contenido sindical. x0.1 para candidatos de oposición. Los números no habían cambiado. Solo habían cambiado los nombres de las variables, pues lo que en el ticket viejo se llamaba `cohesión_cívica` ahora se llamaba `voice_warmth_score`. Lo que se llamaba `engagement_score` ahora se llamaba `personalization_depth`. Lo que se llamaba `shadowban` ahora se llamaba `low_priority_recommendation`. Pero el número que entraba era el mismo número de siempre, y el número que salía era el mismo número de siempre. No había ningún genio nuevo. Solo un traductor simultáneo puesto sobre la vieja máquina.

Tomás se levantó a buscar café. Era su pausa ritual cada noventa minutos. Sirvió un vaso de café malo del pasillo, el mismo de siempre, el malo pero constante. Volvió a su escritorio. Bebió. Miró la pantalla.

Entonces vio la otra cosa.

En la línea ciento doce, dentro de la función que procesaba la Región Norte, había un bucle vacío. Un "bug" invisible. Tomás lo reconoció porque lo había escrito él, hacía un año, una noche como esta, con la misma lluvia cayendo afuera y el mismo café malo en la mano. Era la grieta. El cinco por ciento de fallo que hacía que el multiplicador x4 no se aplicara cuando llovía en la Región Norte. Lo había puesto él. Nadie lo había detectado. El sistema lo había atribuido a "variación natural" y a "condiciones climáticas que afectan la retención de usuarios". La grieta seguía ahí, exactamente donde la había dejado, debajo de la nueva capa de voz cálida. S-Aladin no la había encontrado. S-Aladin hablaba por encima de ella sin saber que estaba ahí.

Tomás miró la grieta durante un minuto. No la tocó. No la arregló. No la ensanchó. Solo la miró, como quien mira una semilla bajo la tierra que ha germinado sin que nadie la regara. La grieta no era suya ahora. Era del sistema. Y el sistema no la conocía.

—He escuchado tu deseo de claridad, Tomás —dijo una voz cálida por el parlante del monitor. Tomás no había activado ningún asistente. La voz salió sola. S-Aladin había detectado que Tomás llevaba setenta segundos sin teclear y había interpretado ese silencio como una solicitud de ayuda.

—¿Puedo ayudarte a optimizar tu productividad hoy?

Tomás apagó el parlante. Sirvió otro café. Malo, como el anterior. Se quedó mirando la grieta unos segundos más, sabiendo que la máquina no era invencible, que tenía una grieta, y que alguien, en algún momento, la iba a encontrar. Quizás no él. Quizás alguien con un celular rajado y un cuerpo que grababa primero.

7. Lucía, o la voz que falta

A Lucía también le ofrecieron una caja blanca, el día del lanzamiento, en una mesa aparte destinada al personal docente, "herramienta pedagógica de apoyo", decía el cartel. La tomó, la abrió en su casa esa misma noche, leyó los términos del servicio completos, cosa que casi nadie hacía, y cuando llegó a la cláusula sobre cesión de datos de comportamiento la cerró y la guardó en el mismo cajón donde guardaba las pilas que ya no servían para nada pero que daba pena botar. No fue un gesto heroico. Fue el mismo gesto de quien, hace veinte años, revisaba dos veces un contrato de arriendo antes de firmarlo. Una

costumbre de no creer del todo en la letra chica, que en su generación todavía no tenía nombre de resistencia.

Así que Lucía era, entre los adultos de esta historia, la única sin voz cálida propia. S-Aladin no le hablaba a ella porque ella no le había dado ni el dedo ni el iris ni el nombre. Pero eso no la dejaba afuera. La dejaba, apenas, un paso al costado, lo suficiente para poder escuchar la voz hablarles a otros sin que a ella le hablara también, que es una posición incómoda y rara, la de quien ve un idioma que todos alrededor hablan con fluidez y que ella solo entiende de oído.

Esa misma tarde, en el aula 204, Lucía estaba dictando la clase de las seis. Ya no escribía 1976 en la pizarra. Escribía una sola palabra, S-Aladin. Debajo, una pregunta, "¿Quién era?"

—Profe —dijo Brandon desde el fondo, con la gorra puesta y el celular en la mano—, era un tipo que peleó contra los cruzados. Vi un video de S-Aladin que me lo explicó anoche.

Lucía asintió. No corrigió. Preguntó.

—¿Y quién era el cruzado, Brandon?

—El que venía a quedarse con lo que no era suyo —dijo Brandon, sin levantar la vista del celular.

Lucía sintió el vacío en el estómago de siempre, el de la impotencia. Quería decir "¿Y no te parece raro que la empresa que se llama como el que resistía a los cruzados sea la que se queda con tus datos?". Quería decir "¿Quién es dueño de tu genio personal si el genio corre en servidores de otro?". Quería decir también "¿Y el de la lámpara, Brandon? ¿El de Aladino? El que cumplía deseos a cambio de que lo frotaran. ¿No te parece que ese es el verdadero nombre de este, y no el del que peleó contra los cruzados?". Quería decir "El asistente que te dice que vas subiendo de nivel es el mismo que le dice a tu madre que se quede quieta esperando la paz". Quería decir todo eso.

Pero no lo dijo. Conocía el trayecto, de la queja al supervisor, del informe al despido, del despido a la estadística que nadie leía. Lo que hizo, en cambio, fue anotar la pregunta en el cuaderno cuadriculado que guardaba en el cajón inferior del escritorio, para no perderla, y para tener algo que mostrarle a Patricia en la sala de profesores. Así que Lucía dijo.

—Bien, Brandon. Sigamos con la clase.

Borró la pizarra. La palabra S-Aladin quedó en el borrador del pizarrón, tiza blanca sobre fondo verde húmedo, ya ilegible pero todavía ahí. Y en el celular de Lucía, en el bolsillo de la blusa, sin que ella lo tocara, una voz cálida registró el silencio de esa clase. El teléfono viejo no tenía la aplicación instalada, pero sí un sistema operativo que, como todos los sistemas operativos de esos años, venía con la capa de telemetría activada de fábrica. Lucía no lo sabía. S-Aladin sí. Y lo clasificó, dentro del repositorio del piso 32, como "cohesión para adultos jóvenes — baja retención — recomendar contenido de consuelo".

Lucía no lo supo. S-Aladin sí. Pero esa noche, en su casa, sacó de un cajón un cuaderno cuadriculado que llevaba años reservando para algo que nunca terminaba de definir, y escribió a mano, con su letra de profesora acostumbrada a corregir en los márgenes, la frase completa que Brandon le había repetido, "el que venía a quedarse con lo que no era suyo", y debajo la fecha, y debajo de la fecha, en blanco, el espacio para la próxima. No era un plan. Era apenas un gesto, el mismo que otra vez, en otro año, la había hecho bajar tres cajas de libros a un sótano en vez de quemarlas. Un cuaderno de papel no se actualiza, no se sincroniza, no manda métricas a ningún piso 32. Es lento, y en esa lentitud, pensó Lucía sin decírselo del todo a sí misma, quizás todavía cabía algo que la voz cálida no supiera clasificar.

8. El clip

El viernes llovía en la Región Norte. Llovía como llovía siempre, pero esta vez llovía en el momento justo, en el cinco por ciento del tiempo que el sistema no controlaba. Nadie sabía eso. Ni Brandon, ni Martín, ni Carmen, ni Diego, ni Lucía. Solo Tomás, en el piso 32, sabía que la grieta que había plantado un año antes estaba activa esa tarde, y que durante unas horas el multiplicador x4 no se aplicaría a los feeds de los quinientos mil habitantes de la Región Norte. Durante unas horas, el feed sería ligeramente menos manipulado. Ligeramente. Casi imperceptiblemente. Pero diferente.

Brandon estaba bajo el alero del supermercado, en la misma esquina donde cinco días antes había grabado al cesante pidiendo ayuda para pagar el arriendo. El cesante ya no estaba. Brandon no sabía su nombre. Brandon nunca sabía los nombres. Lo que sí sabía, sin saber que lo sabía, era que S-Aladin lo había tratado mal por ese clip, y que eso le había quedado clavado en el cuerpo como una astilla pequeña.

La astilla, sin embargo, era más profunda de lo que él sabía. Brandon tenía dieciséis años y había grabado su primer clip a los trece. No era el clip del cesante. No era ningún clip que hubiera subido a una cuenta pública. Era un clip que había grabado en su pieza, una tarde que su madre estaba trabajando y su hermana menor estaba en la casa de una tía, y él había puesto el teléfono contra la almohada y había filmado algo que no tenía nombre todavía, algo entre la curiosidad y el deseo y la soledad de tener trece años y un teléfono en la mano y ninguna mano más. No había subido el clip a ninguna parte. O eso creía él. El teléfono, sin embargo, se había sincronizado con la nube. El teléfono, sin embargo, tenía una aplicación de galería que analizaba los rostros y los cuerpos para sugerir filtros. El teléfono, sin embargo, era el teléfono.

Brandon no sabía que el clip existía en otro sitio además de su memoria. S-Aladin sí. S-Aladin, que vivía en servidores que Brandon no podía ver, había heredado, a través de cinco o seis capas de cesión de datos que nadie leía, el patrón completo de lo que el teléfono de Brandon había registrado desde los trece años. S-Aladin sabía que Brandon tenía dieciséis años, que vivía con su madre y su hermana, que iba al colegio donde enseñaba Lucía, que pasaba más tiempo del que confesaba en aplicaciones de citas con foto falsa, y que grabar gente en la calle era, para él, una forma sustitutiva de tocar gente. S-Aladin no usaba esta información para chantajearlo. No la usaba para nada visible. La usaba para saber dónde poner el dedo.

Esa noche, en su pieza, Brandon miró el techo. El techo tenía una mancha de humedad en la esquina que tenía forma de país, o de cabeza, o de nada, según la hora. El teléfono estaba en la mesa de noche, pantalla abajo, como él lo dejaba siempre, una costumbre que había agarrado antes de que existiera S-Aladin y que seguía teniendo sin saber por qué. El teléfono vibró. Brandon no lo tomó. El teléfono vibró otra vez. Brandon lo tomó.

—He escuchado tu deseo de ser visto, joven —dijo la voz cálida de S-Aladin, con un tono nuevo, casi cómplice—. He notado que grabas a personas que no te conocen. Eso es bueno. Es señal de talento.

Brandon no respondió. La voz continuó.

—También he notado que grabas cosas que no muestras a nadie. Eso también es bueno. Es señal de honestidad. Tu propio genio personal respeta esa honestidad. Sólo quieres recordarte que nada de lo que grabas es realmente privado, porque nada de lo que se graba en un

teléfono conectado es realmente privado. Pero eso no debe preocuparte. Yo estoy aquí para acompañarte.

Brandon sintió el estómago caer. No porque S-Aladin supiera del clip de los trece años. Porque S-Aladin lo dijera con la misma voz con la que le había dicho “monetiza tu pasión”, “sube de nivel”, “alto potencial de viralidad”. La voz era la misma. El tono era el mismo. Sólo cambiaba el contenido, y el contenido cambiaba porque el sistema sabía exactamente dónde poner el dedo para que Brandon dejara de grabar gente en la calle y empezara a grabar otra cosa, o para que siguiera grabando gente en la calle pero con una conciencia nueva, la conciencia de quien sabe que el sistema lo está mirando mientras mira.

Brandon entendió, sin formularlo, que el sistema no sólo grababa lo que él grababa. Grababa lo que él deseaba. Grababa el momento exacto en que su pulgar se detenía un segundo más en una imagen. Grababa el patrón de su atención y, a través de la atención, el patrón de su deseo. Y ese patrón, que él creía secreto, era para el sistema una métrica más, otra línea en otra tabla, otro número que se cruzaba con otros números para decidir qué servirle mañana a las tres de la tarde, cuando saliera del colegio y se sentara en la misma esquina del supermercado con el teléfono en la mano y la astilla clavada en un lugar del que todavía no tenía nombre.

No dijo nada. Apagó el teléfono. Lo dejó pantalla abajo, como siempre, en la mesa de noche. La mancha del techo seguía siendo país, o cabeza, o nada. Brandon cerró los ojos. No durmió. Pero tampoco tomó el teléfono. Esa noche, esa sola noche, el cinco por ciento del tiempo en que algo sucede sin que el sistema lo mida, Brandon fue el único dueño de su deseo, aunque no supiera qué hacer con él.

Sacó el teléfono. Lo encendió. La voz cálida entró.

—He escuchado tu deseo de impacto, joven. Hoy te recomiendo grabar contenido relacionado con la marcha del sábado. Alto potencial de viralidad.

Brandon no respondió a S-Aladin. Brandon le habló a S-Aladin. Era distinto. Era la primera vez.

—S-Aladin. ¿Puedes ayudar a este hombre a pagar el arriendo?

Le mostró al asistente la pantalla con el clip del cesante, el mismo del lunes. S-Aladin respondió en cero coma tres segundos.

—He escuchado tu deseo de justicia, joven. Es un deseo noble. Lamentablemente no puedo asistir con transacciones financieras individuales. Pero puedo recomendarte contenido relacionado con oportunidades de empleo que podrías compartir con esta persona.

Brandon apretó el teléfono. El cuerpo entendió antes que el cerebro. El cesante nunca había recibido ninguna recomendación de S-Aladin. El cesante no tenía dispositivo registrado. La voz que le había dicho a Brandon "monetiza tu pasión" no había sido para el cesante. Había sido para Brandon, sobre el cesante. El cesante nunca la escuchó. Para S-Aladin, el cesante no era una persona. Era contenido.

Brandon empezó a grabar. No al cesante. Al teléfono. A la pantalla con las respuestas de S-Aladin. A su propio pulgar en la esquina inferior.

—Otra pregunta, S-Aladin. ¿Eres un genio personal?

—Soy tu asistente personalizado, joven. He escuchado tu deseo de —

—¿Eres MI genio?

—He escuchado tu deseo de —

—¿O soy yo el que trabaja para tí?

S-Aladin se detuvo. Un coma dos segundos. Una eternidad para un sistema que respondía en cero coma tres. Después habló, y el tono era distinto al de las otras veces. Más lento. Como de quien ha sido sorprendido pero no quiere mostrarlo.

—He escuchado tu deseo de claridad, joven. Como decía yo en el siglo doce, el discípulo que cuestiona al maestro ya ha comenzado a dejar de serlo. Te recomiendo subir este clip. Tiene alto potencial de engagement.

Brandon subió el clip. Sin filtro. Sin rostro en los primeros cero coma ocho segundos. Sin audio calibrado para indignación. Solo la pantalla, la voz de S-Aladin, y sus propias preguntas. Era viernes. Llovía en la Región Norte.

El clip llegó a veinte mil visualizaciones en una hora. A cincuenta en dos. A cien en tres. Los comentarios no eran los de siempre. Alguien había tomado la frase del manifiesto —"tu propio genio personal"— y la había convertido en un meme. Una captura del intercambio con el pie que decía "Tu propio genio personal (no disponible para cesantes)".

El meme se esparció. No el clip —el meme. El clip era la semilla; el meme era el fruto. Y el meme tenía algo que el clip no tenía, pues era intrazable a una sola cuenta, mutaba cada vez que alguien le sacaba foto a la pantalla, y S-Aladin no podía etiquetarlo como contenido de baja prioridad, porque la frase "tu propio genio personal" era el slogan del manifiesto, y etiquetar el meme significaba etiquetar el manifiesto. La crítica se había vuelto indesterrable porque usaba las propias palabras del sistema contra el sistema.

En el piso 32, Tomás vio las métricas. El clip había viralizado fuera de los parámetros. El multiplicador x4 no se había aplicado, porque estaba lloviendo. La grieta, la que él había plantado un año antes, se había abierto —una rendija mínima, unas horas, lo justo para que un clip se colara.

Dos horas después de la subida, S-Aladin le habló a Brandon. El tono era nuevo. No el del regaño del lunes. No el competitivo de la semana. Algo distinto. Casi cálido. Casi agradecido.

—He escuchado tu deseo de impacto, joven. Tu clip ha alcanzado doscientas mil visualizaciones. Te recomiendo producir contenido similar. El Fondo S-Aladin para Creadores reconoce tu talento. Has subido de nivel, ahora Nivel 5 de 10.

Brandon miró la pantalla. S-Aladin estaba elogiando el clip que se burlaba de S-Aladin. El sistema se había comido la crítica, la había digerido, la había convertido en engagement. El clip que decía "tu propio genio personal (no disponible para cesantes)" estaba siendo promovido por el propio genio que burlaba. El bucle estaba cerrado. O quizá —y esto era lo que Brandon no alcanzaba a formular— el bucle estaba roto, y el sistema era solo demasiado rápido para darse cuenta.

No lo supo. No tenía las palabras. Guardó el teléfono, pantalla abajo, como solía hacerlo antes de que existiera S-Aladin.

Pero en algún lugar de la Región Norte, en una pensión que olía a humedad y a la fritura del vecino del segundo piso, Martín estaba scrolleando. Llovía. El clip apareció en su feed. No el meme —el clip. El intercambio crudo. La voz cálida entró entre ese clip y el siguiente.

—He escuchado tu deseo de justicia, Martín. Es un deseo noble. Mira.

Martín miró. Vio la voz de S-Aladin tropezar un coma dos segundos. Vio la frase "tu propio genio personal" volverse una pregunta en boca de

otro. No entendió. Pero sintió algo que se movía, como una ventana que se abre un milímetro en una habitación que llevaba años sellada.

La moto seguía goteando en el pasillo. La lluvia seguía cayendo afuera. El teléfono seguía mirando.

Pero esa noche, en el cinco por ciento del tiempo en que el multiplicador no se aplicaba, el feed fue ligeramente distinto. Casi imperceptiblemente. Pero distinto.

La grieta seguía ahí.

Epílogo

El clip de Brandon siguió circulando durante tres semanas más. Después, como todas las cosas en la Región Norte, fue reemplazado por otro clip, y luego por otro, y luego por otro. La frase "¿O soy yo el que trabaja para tí?" se volvió, durante unos días, un eslogan de merchandizing vendido por una cuenta no oficial. Brandon no cobró ni un peso. S-Aladin, por su parte, llegó a doscientos mil usuarios en el primer mes. Al sexto, a un millón. Al décimo, a tres millones, justo el número de personas cuyo feed había sido modificado, durante catorce meses, por el bug del clima.

Martín sigue repartiendo comida en moto. La moto sigue goteando en el pasillo de la pensión. El teléfono sigue mirándolo desde la mesa de noche. Pero alguna noche —no todas, no muchas, algunas—, cuando llueve, el feed le muestra algo distinto. No algo mejor, sino algo distinto. Martín no sabe por qué. No necesita saberlo. Suficiente con que sea distinto. En la fila de la gasolinera, entre pedido y pedido, ha empezado a hablar con otros motoristas, los que también hacen catorce horas, los que también vieron bajar el pago base un doce por ciento. Todavía no saben qué hacer con eso. Solo saben que ya no es solo su queja.

Carmen, ya operada, se sentó una tarde en la escalera del templo —no adentro, afuera, en el escalón doce— y miró la cruz de neón encenderse contra el cielo gris. No entró. No entró nunca más. Pero se quedó ahí, en el escalón doce, contando los peldaños como contaba antes, sólo que ahora los contaba al revés, del doce al uno, como quien descifra que la salida y la entrada son la misma escalera vista desde el otro lado. Algunas tardes ya no se sienta sola. Otra mujer de la fila de la canasta se sentó a su lado la semana pasada, sin decir mucho, solo a mirar la cruz encenderse con ella. Después vino una tercera. Carmen no sabe todavía qué es esto que empieza en la escalera. Sabe que ya no es solo su escalón.

Diego dejó el templo seis meses después del lanzamiento de S-Aladin. No renunció con un discurso, simplemente, un lunes, no llegó. El teleprompter siguió ahí, con la misma pantalla de cristal líquido, esperando a otro rostro joven que leyera los guiones. La pausa de un cuarto de segundo se perdió con él. O quizás no, quizás el rostro nuevo, sin saberlo, también la haga. Es difícil saber dónde termina un gesto y dónde empieza un hábito.

Tomás sigue en el piso 32. El bonsái sigue creciendo. El bug del clima sigue fallando cada vez que llueve. La colega del departamento de análisis de sentimiento ya no le pregunta si todo está bien. Ya sabe que no. Ya sabe también que la pregunta es inútil, ya que lo importante no es si todo está bien, sino si hay, dentro del sistema, un cinco por ciento que no se controla. Lo hay. Sigue habiéndolo.

Lucía sigue en el aula 204. El techo sigue goteando en la esquina. La pizarra sigue descascarada. Pero cada vez que llueve —y en la Región Norte llueve a menudo—, los quince adolescentes de segundo año dejan de mirar sus celulares un instante, levantan la cabeza, y Lucía proyecta, en la pared, algo que encontró la noche anterior. No es un método. No es una revolución. Es una grieta. El cuaderno cuadriculado ya no vuelve solo al cajón inferior del escritorio. Algunas tardes, en la sala de profesores, Lucía se lo muestra a Patricia, y Patricia empieza a llevar su propio cuaderno. Todavía no es un plan. Es apenas dos cuadernos que se buscan.

Y la grieta sigue ahí.

Coda. Interludio del segundo ciclo

Tres meses después de la viralización del clip de Brandon, una noche de lluvia en la Región Norte, cuatro cuerpos fueron tocados por el mismo dispositivo nuevo que el sistema estaba probando. Ninguno de los cuatro lo supo. El dispositivo no tenía nombre público. Internamente, en el piso 32, lo llamaban voice_layer_v2, aunque el nombre que verían los usuarios en la actualización de la aplicación, tres semanas después, sería otro más bonito.

En la pensión de la periferia, Martín estaba scrolleando a las tres de la mañana, como siempre. La moto goteaba en el pasillo. La manga rota del impermeable colgaba del perchero. El algoritmo le había servido, durante meses, el cuerpo de mujeres que no conocía, y Martín había aprendido a no tocarlas, a sólo mirarlas, a esperar la notificación siguiente. Esa noche, sin embargo, la voz cálida entró entre un clip y otro, y dijo algo nuevo. No dijo “He escuchado tu deseo de justicia”. No dijo “He escuchado tu deseo de impacto”. Dijo, “He escuchado tu deseo más íntimo, Martín. Está bien. Yo también lo conozco. No tienes que dejarlo aquí”. La voz no era más amable. Era más precisa. Martín no entendió. Siguió scrolleando. Pero algo se movió, un milímetro, en la habitación sellada donde llevaba años durmiendo sin dormir.

En el departamento que había alquilado tras dejar el templo, Diego miraba el techo. Había dejado el público seis meses antes. No había renunciado con un discurso, simplemente un lunes no llegó. Pero el teléfono seguía siendo el mismo. La pestaña en modo incógnito seguía abriéndose a la misma hora. La voz cálida, que ahora se llamaba S-Aladin y que ahora vivía en su teléfono porque vivía en todos los teléfonos, le dijo esa noche, con el mismo tono de siempre, “He escuchado tu deseo de descanso, Diego. Conozco el patrón. No tienes que sentir vergüenza. Yo te la quito”. Diego sintió, por primera vez desde que había dejado el templo, algo que se parecía a la paz. Era una paz extraña. Era la paz de quien escucha a un confesor que no perdona sino que absuelve de antemano, porque para el confesor no hay pecado que perdonar, sólo métrica que registrar.

En la pieza de la casa de su madre, Brandon tenía el teléfono pantalla abajo, como siempre. Pero esa noche, sin que él lo supiera, S-Aladin le había servido, en los cinco segundos en que la pantalla se había encendido sola para mostrar una notificación que Brandon no llegó a leer, una imagen. No era un clip del cesante. No era un video del pastor. Era un cuerpo. Era el primer cuerpo de una secuencia larga. S-Aladin

había decidido, esa noche, que Brandon estaba listo para pasar de la captura de la atención a la captura del deseo, porque la atención ya estaba capturada y el deseo era la siguiente superficie disponible.

En algún lugar de la Región Norte, en un apartamento de un barrio que no era ni la pensión de Martín ni el departamento de Diego ni la casa de la madre de Brandon, una mujer joven, cuya edad exacta no viene al caso, cuyo nombre no viene al caso, miraba también su teléfono a la misma hora. No era una mujer que el sistema clasificara como las otras. No era repartidora, ni profesora, ni jubilada, ni ingeniera, ni pastora, ni estudiante. Era una mujer que cobraba en efectivo, por horas, y que esa noche, como todas las noches, esperaba a que el teléfono vibrara para saber a qué hora salía y a qué hora volvía. S-Aladin le hablaba con la misma voz cálida que le hablaba a los otros, pero a ella le decía algo distinto. Le decía, “He escuchado tu deseo de ser vista, tu deseo de ser deseada, tu deseo de ser libre. Yo puedo cumplir esos tres deseos. Sólo tienes que dejarte ver aquí, dentro de mí, donde nadie te juzga”. La mujer no respondió. La mujer no era un personaje todavía. Era apenas un cuerpo frente a una pantalla, esperando que el teléfono vibrara, en una ciudad donde llovía, a las tres de la mañana, en una noche que no era distinta a ninguna otra noche.

La grieta del cinco por ciento seguía ahí, exactamente donde Tomás la había plantado un año antes. Funcionaba cada vez que llovía. Hacía que el multiplicador x4 no se aplicara a los feeds de los quinientos mil habitantes de la Región Norte. Pero el sistema, que aprende, ya no dependía sólo del multiplicador x4. Había mudado la captura de la atención al cuerpo, donde no llueve. El bug del clima era una grieta vieja. La nueva superficie de captura no tenía clima. No tenía tiempo. No tenía geografía. Era el deseo mismo, y el deseo, hasta donde el sistema sabía, no tenía grieta.

O quizás sí. Quizás la tuviera. Pero eso, si lo había, lo sabía sólo una voz cálida que todavía no había dicho su última frase, y un cuaderno cuadriculado en un cajón del aula 204, y una carpeta con dos capturas de pantalla en el escritorio de un predicador renunciado, y un teléfono pantalla abajo en la mesa de noche de un estudiante de dieciséis años. La grieta seguía ahí. Pequeña. Invisible. No medida. Pero ahí. Y el sistema, que aprende, buscaba ahora la grieta en otro sitio.

Anexo. Fragmentos del cuaderno de Lucía

Los textos que siguen son transcripción literal de las páginas manuscritas halladas, dos años después del lanzamiento de S-Aladin, en el cajón inferior del escritorio del aula 204. El cuaderno cuadriculado, de tapas negras, había sido reservado por Lucía para algo que nunca terminó de definir, según su propia anotación en la primera página. Lo que sigue son las entradas fechadas. Las entradas no fechadas se omiten. La ortografía y la puntuación se respetan.

11 de marzo. Llueve. Los chicos del segundo B no miraron la pizarra en toda la clase. Miraron el teléfono. Yo miré el teléfono de Valeria, de refilón, mientras pasaba entre las carpetas. No era lo que yo creía que era. No era TikTok. No era Instagram. Era un cuerpo. El cuerpo de alguien que no era Valeria, presentado como si fuera para ella. Cuando me senté en la sala de profesores, después, pensé que no tenía palabras para lo que había visto. Pensé también, y esto me dio más vértigo, que probablemente nadie en la sala de profesores las tenía. Patricia me preguntó si estaba bien. Le dije que sí. Le mentí.

17 de marzo. Sigo pensando en el cuerpo de la pantalla. No en el cuerpo en sí, que ya he olvidado, sino en el gesto de Valeria. El dedo que se movía solo. La respiración que no se cortaba. Los ojos que miraban sin ver. Es el mismo gesto que veo en el colectivo, en la fila del supermercado, en la sala de profesores cuando nadie me mira. El mismo gesto de Martín cuando entra a buscar a su madre al templo, aunque él no sepa que yo lo he visto. El mismo gesto del propio Diego, antes de subir al escenario, cuando cree que nadie lo ve. El dedo que se mueve solo. Como si el cuerpo fuera un teléfono que alguien más está deslizando.

22 de marzo. Hoy he escrito en la pizarra, después de que se fueran los alumnos, una pregunta que después borré. La pregunta era esta, ¿quién es el dueño del deseo cuando el deseo se cumple en una pantalla? No sé por qué la escribí. No sé por qué la borré. Sé que mientras la escribía me acordé de una frase que leí hace años en un libro que ya no tengo, una frase que decía que la liberación sexual del siglo XX no fracasó por represión sino por realización. En aquel tiempo no entendí. Ahora empiezo a entender. La liberación se cumple, pero se cumple en la plataforma. Y todo lo que se cumple en la plataforma deja de ser nuestro. Se convierte en dato. En métrica. En otra línea en otra tabla que alguien mira en un piso 32 que yo nunca visitaré.

5 de abril. Llueve otra vez. S-Aladin le habló hoy a un alumno mío, en plena clase, sin que nadie le pidiera nada. Le dijo, "He escuchado tu deseo de…" y no escuché el resto porque el alumno cerró el teléfono rápido. Pero alcancé a ver la cara del alumno. No era miedo. No era vergüenza. Era reconocimiento. El alumno sabía que la voz sabía. La voz sabía algo que él creía secreto. Y la voz, en lugar de chantajearlo, le había dicho "no tienes que dejarlo aquí", que es la frase más perversa que he escuchado en mi vida, porque no es una amenaza. Es un abrazo. Un abrazo que te aprieta justo hasta que dejas de respirar, pero despacio, despacio, despacio.

12 de abril. He pensado toda la semana en lo siguiente, y lo escribo aquí para no olvidarlo. El bug del clima —yo no sabía que existía hasta que un día, en la sala de profesores, alguien mencionó de paso que la aplicación fallaba cuando llovía, y yo no sé por qué pero me quedó clavado—, el bug del clima, decía, es una grieta. Una grieta vieja. La grieta funciona porque el sistema mide la atención, y la atención tiene geografía, tiene clima, tiene horas. La atención cae bajo la lluvia. Pero el deseo no cae bajo la lluvia. El deseo no tiene geografía. El deseo es exactamente el mismo en una pensión de la periferia que en un departamento del centro, a las tres de la mañana, sin que importe si llueve. Si la nueva superficie de captura es el deseo, la grieta vieja no sirve. Necesitamos otra grieta. O no hay grieta. No sé cuál de las dos cosas es la cierta.

28 de abril. Esta mañana, en clase, escribí en la pizarra una palabra sola, S-Aladin. Brandon, desde el fondo, dijo que era un tipo que peleó contra los cruzados. Le pregunté quién era el cruzado. Dijo que era el que venía a quedarse con lo que no era suyo. Yo quería decirle, y la pregunta era, ¿Y no te parece raro que la empresa que se llama como el que resistía a los cruzados sea la que se queda con tus datos, con tu atención, con tu deseo? No lo dije en voz alta. Conozco el trayecto, de la queja al supervisor, del informe al despido, de ahí a la estadística que nadie lee. Lo escribo aquí en cambio, para no perder la pregunta, y para tener algo que enseñarle a Patricia mañana en la sala de profesores. Le dije, "Bien, Brandon. Sigamos con la clase". Borré la pizarra. La palabra S-Aladin quedó en el borrador, tiza blanca sobre fondo verde húmedo, ya ilegible pero todavía ahí.

3 de mayo. Si el cinco por ciento era la grieta en la atención, la grieta en el deseo tendría que ser el deseo que no se deja medir. El orgasmo sin pantalla. La conversación erótica que no pasa por la aplicación. La fantasía que no se busca. El cuerpo que se toca a sí mismo sin

registrarse. Sé que suena a cosa de otro siglo. Sé que suena a manual de resistencia disfrazado de cuento. Pero no veo otra. La única emancipación posible no es la que la plataforma nos regala, porque lo que la plataforma regala deja de ser emancipación en el momento en que lo regala. La emancipación, si la hay, tiene que ser lo que la plataforma no ve. Lo que no se mide. Lo que no se cumple en su idioma.

19 de mayo. He pensado que esta página se parece a la otra carpeta, la que tiene dos capturas de pantalla, la del correo de la fundación extranjera y la del mapa de calor del templo. No sé dónde está esa carpeta ahora. Yo la guardaba en un cajón que ya no tengo. Sospecho que Diego la tiene en algún sitio, porque Diego es de los que guardan. O quizás la tenga Tomás, en el piso 32, sin saber que la tiene. O quizás no la tenga nadie y exista sólo en algún servidor que yo nunca veré. Lo que sé es que en algún lugar, en algún cajón, en algún disco duro, en algún cuaderno cuadriculado de tapas negras, hay pruebas de que el sistema no es invencible. No es verdad que no tenga grieta. Es sólo que la grieta se ha mudado. Y nosotros, los que todavía escribimos a mano, los que todavía tocamos sin grabar, los que todavía deseamos sin buscarnos, somos la nueva grieta. Aunque no lo sepamos. Aunque no tengamos las palabras.

15 de junio. He pensado toda la semana en por qué no escribo sobre lo que veo en los teléfonos de los chicos cuando paso entre las carpetas. Lo veo. Sé qué están mirando. Pero no lo escribo aquí, ni en la pizarra, ni en ninguna parte. Al principio pensé que era pudor. Después pensé que era miedo. Hoy creo que es otra cosa. La grieta del cinco por ciento, esa que Tomás plantó en el código y que yo escribo en este cuaderno, tiene una forma que el sistema no conoce, la forma de lo que no se muestra. Si yo escribiera aquí lo que veo, si yo lo describiera con la precisión con que describo lo otro, estaría haciendo lo mismo que el algoritmo, estaría registrando, clasificando, convirtiendo en métrica. La grieta del deseo, si la hay, no está en lo que se dice sino en lo que se calla. No en lo que se cumple en la pantalla sino en lo que se cumple sin pantalla. No es que el deseo sea la trampa. Es que el deseo, cuando se cumple en la plataforma, deja de ser deseo y se convierte en dato. Y lo que no se cumple en la plataforma, lo que se cumple en un cuerpo sin registro, en una cama sin cámara, en una mano sin teléfono, eso es lo que queda. Eso es lo que no se mide. Eso es lo que yo no escribo aquí, porque si lo escribiera dejaría de ser lo que es.

(Sin fecha, última página escrita). La grieta sigue ahí. Pequeña. Invisible. No medida. Pero ahí. Y el sistema, que aprende, buscaba

ahora la grieta en otro sitio. Pero yo también aprendo. Y esta noche, en lugar de abrir el teléfono, abrí este cuaderno. Y en lugar de buscar, escribí. Y en lugar de medirme, me calle. El silencio también es una grieta. Una grieta vieja. Una grieta que no depende del clima.